

COLECCIÓN CUADERNOS ITALIANOS 2

ED. MARIA
PERTILE

CRISTINA CAMPO
SI ESTUVIESES AQUÍ. CARTAS A MARÍA
ZAMBRANO, 1961-1975



NEXOFÍA. LIBROS ELECTRÓNICOS DE LA TORRE DEL VIRREY

Edita: Ajuntament de l'Eliaana, 2014

**Nexofia. Libros Electrónicos de La Torre del Virrey
Colección Cuadernos Italianos**

**Apartado de Correos 255
46183 l'Eliaana (Valencia), España
<<http://www.latorredelvirrey.es>>
<<http://www.zibaldone.es>>
<jperez@latorredelvirrey.es>**

**Título original: *Se tu fossi qui: lettere a María Zambrano (1961-1975)*,
ed. Maria Pertile, Archinto, Milán, 2009**

Traducción: Juan Pérez Andrés

ISBN 13: 978-84-697-0857-6

ÍNDICE

ADELE RICCIOTTI

Introducción

MARÍA PERTILE

Como una poesía pura. Nota sobre Cristina Campo y María Zambrano

CRISTINA CAMPO

Si estuvieses aquí. Cartas a María Zambrano, 1961-1975

ANEXO

Cronología y bibliografía esencial de Cristina Campo

INTRODUCCIÓN

Adele Ricciotti

Cristina Campo y María Zambrano se conocen en Roma probablemente a finales de los años cincuenta.¹ Alejadas de los elegantes salones donde se reúnen los más conocidos intelectuales de la época, las dos mujeres optan por una discreta soledad: heterodoxas y esquivas por naturaleza, Campo y Zambrano renuncian por carácter a la típica notoriedad del ambiente cultural romano manteniéndose al margen, poco dispuestas a llamar la atención. Solamente el trabajo de la escritura, asumido en todo momento con la máxima eficiencia y pasión, las lleva a entrar en contacto. Ambas comparten un sentimiento de devoción frente a la realidad, de la que descifran los símbolos y las huellas reconocibles de la belleza espiritual y la poesía.²

El intercambio epistolar entre Campo y Zambrano data de entre 1961 y 1975. Las cartas de Cristina Campo se publicaron en 2003 en la revista *Humanitas*³ y con la nueva edición de Archinto de 2009, vuelve a aparecer, enriquecidas con un mayor aparato crítico, de la mano de Maria Pertile.⁴

Es este último documento epistolar el que ve ahora su publicación en España, donde los estudios sobre el pensamiento de María Zambrano siguen llamando, cada vez en mayor grado, la atención de los estudiosos. Por ello parece oportuno y necesario añadir a los muchos textos que han

1 En las cartas publicadas en *Humanitas* (M. PERTILE, ‘«Cara il viaggio è cominciato». Lettere di Cristina Campo a María Zambrano’, en *Humanitas*, 3, 2003/5-6, pp. 434-474), Maria Pertile escribe que el encuentro entre María Zambrano y Cristina Campo tuvo lugar con toda probabilidad a finales de los años cincuenta a través de su amiga común Elena Croce. Pertile no excluye, sin embargo, que se hubieran conocido antes, tal vez en Florencia, cuando María Zambrano asistió al Congreso de la UNESCO de 1950. Elena Croce, otra figura clave entre los intelectuales heterodoxos del período, hija de Benedetto Croce y directora de importantes revistas como *Lo Spettacolo Italiano* y *Prospettive Settanta*, era también una de las más queridas amigas de María Zambrano, a quien ayudó en diferentes ocasiones, incluso económicamente, durante su estancia en Roma. La correspondencia entre María Zambrano y Elena Croce se conserva en la Fundación María Zambrano de Vélez-Málaga. Las cartas de Croce a Zambrano hacen frecuentes referencias a ejemplos concretos de la decadencia de la cultura italiana, anticipando un desastroso declive intelectual que, por desgracia, se confirmará en los años siguientes. Valga señalar que María Zambrano publicó la edición italiana de su libro, *Spagna: pensiero, poesia e una città* (Vallecchi, Florencia, 1964), en la colección “Quaderni di pensiero e di poesia” dirigida por Elena Croce, quien se encargó además de la traducción. La misma María Zambrano, además, formará parte también del consejo editor por deseo expreso de la amiga.

2 “La pura poesia è geroglifica: decifrabile solo in chiave di destino”, C. CAMPO, *Fiaba e mistero*, en *Gli imperdonabili*, Adelphi, Milán, 2004, p. 145.

3 M. PERTILE, ‘«Cara il viaggio è cominciato». Lettere di Cristina Campo a María Zambrano’, op. cit.

4 C. CAMPO, *Se tu fossi qui. Lettere a María Zambrano. 1961-1975*, ed. Maria Pertile, Archinto, Milán, 2009.

puesto de relevancia la significativa aportación a la cultura de la filósofa española, esta preciosa muestra epistolar, capaz de iluminar un poco más la vida y la obra zambrianas, pero, sobre todo, en tanto reveladora de una relación personal muy especial, la mantenida con Cristina Campo, autora italiana de enorme interés considerada una de las autoras más refinadas del siglo XX italiano y que, por desgracia, en España no ha gozado de la fama que merece.

Nacida en Bolonia en 1923, Vittoria Guerrini, más conocida por su pseudónimo Cristina Campo, después de haber vivido más de veinte años en Florencia se traslada a Roma en 1955, donde al padre se le había encomendado dirigir el Conservatorio de Santa Cecilia. Es en estos primeros años florentinos cuando Vittoria-Cristina se rodea de importantes intelectuales con los que instaura fuertes lazos de amistad, una amistad caracterizada, sobre todo, por un fructífero intercambio no solo cultural sino también profundamente espiritual. Es indispensable para ella este intercambio recíproco, muestra imprescindible de un vínculo afectivo: los textos enviados y recibidos por las personas que más ama y respeta –de su propio padre, de su primer maestro, quien la introdujo en la gran poesía y en los clásicos, de sus parejas, de los amigos– serán aquellos a los que haga referencia durante toda su vida, haciéndolos propios, degustándolos hasta desgastarlos y encarnar los preceptos en que se sustentan. Entre los autores fundamentales que surgen a cada poco en la escritura de Cristina Campo están, además de Simone Weil⁵ -verdadera guía espiritual y referencia imprescindible cuyas enseñanzas seguirá fielmente-, los poetas Hugo von Hofmannsthal, Thomas Edward Lawrence, John Donne, William Carlos Williams, Thomas Stearns Eliot⁶ - de los que tradujo versos con una perfección y elegancia que no ha vuelto

5 «Simone mi rende tangibile tutto ciò che non oso credere», C. CAMPO, *Lettere a Mita*, Adelphi, Milán, 1999, p. 49. Recuérdese que Cristina Campo fue una de las primeras lectoras italianas de Simone Weil, y que sus traducciones contribuyeron en gran medida a dar a conocer el pensamiento de la filósofa francesa en Italia. Las traducciones de Cristina Campo de las obras de Simone Weil son: S. WEIL, *La source grecque*, Gallimard, París 1953 (tr. it.: *La Grecia e le intuizioni precristiane*, trad. C. Campo e M. Pieracci Harwell Borla, Turín, 1967); S. WEIL, *Poèmes, suivis de Venise sauvée. Lettre de Paul Valéry*, Gallimard, París 1968 (tr. it. de C. Campo, *Venezia salva*, Morcelliana, Brescia 1963); fragmentos extraídos de *Cahiers* (Gallimard, París), en 'Dell'Arte', *Il Corriere dell'Adda*, 12 de diciembre de 1953, firmados como Vittoria Guerrini; S. WEIL, 'Lottiamo noi per la giustizia?', *Tempo presente*, 8 (1956/11), pp. 605-610 (traducción sin firmar); S. WEIL, 'Canto di Violetta' (de *Venezia salva*), en *Letteratura*, VII, 1959, p. 9; S. WEIL, 'Monologo di Jaffier sul campanile di San Marco' (de *Venezia salva*), *ibid.*, pp. 9-10; S. WEIL, 'Pensieri e lettere' (de *Cahiers*, *Connaissance surnaturelle, Attente de Dieu, La Personne et le sacré*, cartas a varios destinatarios), *ibid.*, pp. 11-33. Cristina Campo pidió a María Zambrano la traducción española de algunos textos de Simone Weil, según queda reflejado en la carta 12 (*infra*) del 15 de agosto de 1965. Aunque el proyecto de traducción no se llevó finalmente a cabo, parece evidente el interés y el estudio de textos de Simone Weil por parte de Zambrano.

6 Véanse las fundamentales recopilaciones de las traducciones poéticas de C. CAMPO, *La Tigre Assenza*, Adelphi, Milán, 1991; y *Sotto falso nome*, Adelphi, Milán, 1998.

a encontrar parangón- y, cómo no, los místicos, especialmente San Juan de la Cruz,⁷ autor fundamental también para María Zambrano. A ellos cabría añadir las personas con las que entró en contacto en Roma, entre las que se cuentan intelectuales como Elena Croce, Elsa Morante, Alberto Moravia, Ezra Pound, Marius Schneider o Abraham Heschel. Aunque el más significativo es el encuentro con Elémire Zolla: él, estudioso cultísimo y experto en filosofías orientales y en misticismo, será la pareja de Cristina hasta la muerte de esta, y será el encargado de alimentar sus múltiples intereses introduciéndola en temas y autores que serán compartidos también por la misma María Zambrano, tal y como se desprende de las cartas que ambas se entrecruzan y en las que Zolla se erige como una presencia indiscutible.⁸ Los tres instauran inmediatamente un vínculo de amistad y colaboración intelectual basado en la opinión común de que la conducta filosófica y la política occidental habían provocado la pérdida de la dignidad y la integridad del hombre contemporáneo; de ahí que busquen, en base a un compromiso moral patente no solo en sus obras, sino también en su conducta personal cotidiana, las formas apropiadas para alcanzar una autenticidad humana perdida, una espiritualidad enraizada en los textos místicos, en la filosofía oriental, en los evangelios y en las prácticas litúrgicas del rito bizantino, así como en la filosofía de Simone Weil. Estos son los temas que pueblan las cartas que los tres autores se escriben, compartiendo, a través de la inmensa admiración que sienten los unos por los otros, consejos, lecturas, opiniones referidas a la voluntad de descubrir lo sacro y en la búsqueda de una mayor amplitud de conciencia. Zolla es quien aporta a Zambrano y Campo información sobre el *símbolo*, elemento constante en los escritos de ambas, considerado un medio que conduce a lo *sobrenatural*,⁹ el lugar de la revelación. A través del estudio de los textos gnósticos y de la poesía mística, indagarán en la esencia del ser en el sentido más primigenio. La filosofía misma de María Zambrano, que corresponde a una reflexión ética sobre la ontológica verdad humana, orienta su búsqueda a las dimensiones habitualmente abandonadas de la tradición occidental, de la poesía a la simbología antigua, recuperando la dimensión del *sentir*, de

7 En este sentido, parece útil recordar la obra proyectada y editada por Elémire Zolla, *I mistici dell'Occidente*, I-II vol., Adelphi, Milán, 1997, donde la traducción de los textos incluidos de San Juan de la Cruz se debe a Cristina Campo.

8 No debe olvidarse la existencia de un epistolario cruzado entre María Zambrano y Elémire Zolla, continuado después de la muerte de Cristina Campo y conservado en la Fundación María Zambrano en Vélez-Málaga (España). Algunos fragmentos de las cartas de Zolla destinadas a Zambrano, que contienen información relevante de la relación Zambrano-Campo, han sido traducidos y publicados en el mencionado número de *Humanitas* (Cfr. *infra*, nota 1).

9 El término *sobrenatural* es utilizado en numerosas ocasiones por Cristina Campo para referirse a las capacidades y a las dimensiones de lo trascendente tocado por una conciencia espiritual. Debe especificarse, sin embargo, que el término es un concepto clave, extremadamente complejo, de la filosofía de Simone Weil, que Campo hace suyo reelaborándolo en su propia prosa poética.

las vísceras, con una actitud piadosa, mediadora, poética.¹⁰

Protagonista de *otra* historia, Zambrano llega a Roma después de muchos años de exilio: a partir de 1939, tras la victoria de Franco, la filósofa inicia su viaje que la llevará a México, Cuba y París, y que tendrá como etapa intermedia Roma, adonde estará junto a su hermana Araceli de 1953 a 1964. En Roma Zambrano encuentra un clima espiritual sin duda favorable a sus estudios, en esos momentos dedicados a la redacción de su importante obra *El hombre y lo divino*¹¹ y en la elaboración de los análisis centrados en el sueño que desembocarán en las obras *El sueño creador*¹² y *Los sueños y el tiempo*.¹³ De Roma la filósofa irá a La Pièce, lugar al que se remitirán las posteriores cartas de Cristina Campo, cartas que, como no podía ser de otro modo, reflejan perfectamente el estado de ánimo de las dos mujeres: una *atención pura* puesta en la palabra,¹⁴ practicada a diario, una búsqueda incesante del elemento trascendente que surge también en los textos en los que comparten el *segreto*. Lo que distingue en mayor medida el objeto de la correspondencia entre Campo y Zambrano es la actitud religiosa que empapa el ánimo de las dos autoras: una religiosidad vivida hasta el fondo, en cada plano de la existencia, cuya fidelidad resiste sin titubeos incluso en el duro trabajo intelectual. La perfección de la palabra, la sacralidad que se le atribuye, el respeto *absoluto* que reclama, son perseguidos por Campo sin ningún género de dudas, transformándose en un ideal religioso: “Ningún escrito ofrece preceptos válidos para siempre, o negaría la vida. Enigma cada vez nuevo y nuevamente propuesto; nunca resuelto excepto en la hora decisiva, en el gesto puro: del todo ajeno a la indigente experiencia, alimentado día tras día, de visiones y silencio”.¹⁵ En Cristina Campo el significado supremo atribuido a la palabra poética, la atención que se le dedica, la búsqueda de su más pura expresividad, van a la par que el propio tormento existencial

10 Los textos de Cristina Campo revelan la misma interpretación sacra de la poesía que caracteriza la filosofía de María Zambrano y que deriva de la común certeza de que solo la palabra poética es capaz de abrir las puertas a *otra* dimensión que contiene el auténtico sentido de lo humano. El ideal poético de Cristina Campo se muestra en la indefendibilidad de lo inefable y, al mismo tiempo, en la fe absoluta en él: “parola o lingua perfetta che nell’atto di scriverla si cancella” (C. CAMPO, ‘Il flauto e il tappeto’, en *Gli imperdonabili*, op. cit., p. 21).

11 M. ZAMBRANO, *El hombre y lo divino*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2005; tr. it.: *L’uomo e il divino*, trad. G. Ferraro, Edizioni Lavoro, Roma, 2001. El libro es elogiado por Cristina Campo en la carta n. 19, infra.

12 M. ZAMBRANO, *El sueño creador*, Turner, Madrid, 1986; tr. it. de V. Martinetto, *Il sogno creatore*, Mondadori, Milán, 2002.

13 M. ZAMBRANO, *Los sueños y el tiempo*, Siruela, Madrid, 1998; tr. it. de L. Sessa e M. Sartore, *I sogni e il tempo*, Pendragon, Bolonia, 2004.

14 «Poiché la vera attenzione non conduce, come potrebbe sembrare, all’analisi, ma alla sintesi che la risolve, al simbolo e alla figura – in una parola, al destino», C. CAMPO, *Attenzione e poesia*, en *Gli imperdonabili*, op. cit., p. 167. El texto lo tradujo María Zambrano y fue publicado en la revista argentina *Sur*: C. CAMPO, ‘Atención y poesía (traducción de María Zambrano)’, *Sur*, 2/1 (1961/7-8), Buenos Aires, pp. 38-41; y vuelto a publicar más tarde en *Aurora*, 11 (2010), Barcelona, pp. 117-119.

15 C. CAMPO, ‘Il flauto e il tappeto’, en *Gli imperdonabili*, op. cit., p. 35.

que experimenta respecto a la religión cristiana.¹⁶

Las cartas nos hablan de esto, nos revelan el extremo cuidado que Cristina Campo y María Zambrano adoptan en su acercamiento reflexivo a cada plano de la realidad, la infinita curiosidad por cada forma de saber, pero, sobre todo, el fiel afecto que las une y el deseo de estar ligadas, la una a la otra, por una especie de íntimo pacto de hermandad –la “amistad pura” de la que nos habla Simone Weil¹⁷: “Deja que te lo diga yo, en los momentos de ansia –no tengas miedo, querida- y deja que te ayude en silencio, con cuidado” (carta n.2, infra).

Queda, por último, la pena por no poder leer las correspondientes cartas de María Zambrano, por desgracia desaparecidas, pero que con seguridad debieron estar maravillosamente escritas y ser, al mismo tiempo, tremendamente reveladoras de los nuevos mundos que las dos amigas descubrieron y se contaron usando el mágico lenguaje de los símbolos y la poesía. En todo caso, en cierto modo es posible descubrir parte de la belleza encerrada en esas cartas en el ensayo de Zambrano, *La fiamma*, dedicado a la amiga “Cristina-Vittoria, in memoriam”:

Cuando la vista vaga absorta en la llama, la ve crecer en un doble sentido, primero en sí misma, y luego más allá de sí misma, hasta volverse un punto leve, luminoso y ardiente: algo como el átomo visible del fuego que se impone como su parte más incisiva, algo que podría penetrar lo impenetrable y fluye entre los espacios interatómicos negados a nuestros ojos. Solo descubrir esta penetración de la llama podría abrirnos los ojos, obstinados en ver solamente lo que se manifiesta abiertamente.¹⁸

La llama, que posee un corazón negro cuya invisibilidad despide claridad a su alrededor, representa un símbolo básico que aparece con frecuencia en las obras de María Zambrano y que, sin duda, era objeto de conversación entre Cristina Campo y Elémire Zolla: el centro de la llama es como el centro del *ser*, un lugar en el que todas las contradicciones de la realidad se resuelven y las oposiciones se concilian, un punto desde el

16 En 1966 Campo constituye la asociación *Una Voce* en defensa de la preservación de la liturgia nacional, latina y gregoriana, después de que el Concilio Vaticano II de 1964 eliminara la misa en latín. En 1966 Campo envía al Papa una carta manifiesto solicitando mantener la ortodoxia litúrgica tradicional, firmada, entre otros, por María Zambrano: ella, que no puede aceptar el abandono del rito original y la consiguiente pérdida de significado auténtico del sentimiento cristiano reconocible en la Iglesia Cristiana de Oriente, en particular la bizantina-eslava, lo encuentra en los textos de los místicos sobre los que reflexiona junto a la amiga española: la regla, la repetición, la perfección del rito conducen a la apertura de la dimensión trascendente en el que se basa el sentido último de la existencia.

17 Cfr. S. WEIL, *Attente de Dieu*, Fayard, París 1966; tr. it.: *Attesa di Dio*, trad. M. C. Sala Adelphi, Milán, 2008.

18 El ensayo “La fiamma” fue publicado en el número de octubre-diciembre de 1977 de la revista fundada por Zolla en 1969 *Conoscenza Religiosa* (M. ZAMBRANO, *La fiamma*; tr. it.: *Conoscenza Religiosa*, trad. E. Zolla, n° 4, 1977, Roma) y más tarde en el volumen de M. ZAMBRANO, *De la aurora*, Tabla Rasa, Madrid, 2004, p. 158 (tr. it: *Dell'Aurora*, trad. E. Laurenzi, Marietti, Génova, 2000, p. 114).

que observar la verdad de la condición humana, desde el que afrontar la búsqueda espiritual.¹⁹ Este, junto a los demás símbolos presentes de las cartas, se muestran como pequeñas pistas que hay que seguir y que se evidencian en las obras espléndidamente poéticas de las dos amigas, en las que ambas se cargan de todos los sentidos a los que las reflexiones personales las han llevado, a través también de lo que compartieron, gracias a una amistad que, así nos lo parece, no podía dejar de nacer.

19 El *centro* es uno de los símbolos analizados por René Guénon, autor fundamental para María Zambrano y cuya lectura fue recomendada justamente por Cristina Campo y Elémire Zolla. Cfr. en concreto: R. GUÉNON, *Symboles fondamentaux de la Science sacrée*, Gallimard, París, 1962; tr. it. de F. Zambon, *Simboli fondamentali della Scienza sacra*, Adelphi, Milán, 1975: «esattamente come ogni centro spirituale secondario è come un'immagine del Centro supremo e primordiale, [...] ogni liturgia sacra, o 'ieratica' se si vuole, può esser considerata un'immagine o un riflesso della lingua originaria, la quale è lingua sacra per eccellenza; quest'ultima è la 'Parola perduta', o piuttosto nascosta agli uomini dell'età oscura', allo stesso modo che il Centro supremo è divenuto invisibile e inaccessibile per essi» (tr. it., p. 51).

UNA POESÍA PURA.
NOTA SOBRE CRISTINA CAMPO Y MARÍA ZAMBRANO
Maria Pertile

En una relación no imaginaria -una relación en el que el juego de fuerzas quede excluido- ningún sentimiento o pensamiento permanece durante mucho aislado, sino que cada uno se transforma rápidamente en su contrario. Así la privación es repentino sustento, la voluntad consenso, el dolor sentimiento consumado de la presencia y la humildad una corona de gracia continuamente recibida y restituida. Solamente a similares sentimientos o pensamientos, a los que no les es posible corromperse en el resultado, se les concede durar y desarrollarse en su propia pureza. El choque continuo y armonioso de contrarios lleva al ánimo a una especie de ardiente inmovilidad, lo colma hasta el borde de una vida que no rebosa porque su propio moverse la frena. “Del centro al cerchio e sì dal cerchio al centro / mòversi l’acqua in un ritondo vaso / seconda ch’è percossa fori o dentro.” Solo de este modo y dentro de este círculo el amor puede resplandecer sin contaminarse. *Mais une amitié pure est rare.* Como una pura poesía. Que vive de las mismas leyes.

Releyendo este fragmento del ensayo *Parco dei cervi (Fiaba e Mistero, 1962)* de Cristina Campo no se puede más que ver en él una especie de explicación, incluso cronológicamente contigua, de la extraordinaria amistad que unió a la poetisa italiana y a la filósofa andaluza María Zambrano y, por tanto, una perfecta invitación a la lectura de las cartas que constituyen uno de los frutos más dulces y amables de aquella amistad, además de un imprescindible testimonio para conocer la vida y obra de las dos amigas.

La exigentísima coincidencia de amor y pura poesía, la “ardiente inmovilidad” que surge de la ininterrumpida fuerza dialogante que, como un mar interno, pone en comunicación orillas y ribas, la circularidad viviente del amor, la conciencia de la rareza, acto implícito de esperanza: estas palabras de Cristina Campo, resultado del largo desarrollo de su primer escrito basilar, *Diario d’agosto*, cercanas al mundo que las cartas enviadas a la amiga andaluza dejan entrever, lejos de ser abstracta descripción de imposibles existenciales, se convierten también, en la prefiguración, en la eterna profecía y en la exacta definición de una experiencia real.

Ciertamente la relación que unió a Cristina Campo y a María Zambrano fue una relación no imaginaria, o sea, plenamente libre, en su alejarse de los más mínimos detalles de la vida cotidiana en pos de la coincidencia de un camino de búsqueda espiritual de la verdad y la belleza, en dos existencias en las que se realizó como en muy pocas la convergencia de vida y obra, de palabra y acción, entre las dificultades, con frecuencia extremas, de dos peculiares formas de exilio tanto interior como exterior, que no supusieron un impedimento para alcanzar palabras auténticas, una obra no corruptible, una amistad que continúa a resplandecer, como las cartas ponen de manifiesto.

Una “relación no imaginaria”, “de la que se excluya el juego de fuerzas”, es, como escribió María Zambrano en una carta a su amigo Agustín Andreu, la realización de la “*syzygia*... la convivencia por afinidad de sensibilidad metafísica”, algo que es, como dijo del amigo e interlocutor epistolar Elémire Zolla, “un don del cielo”.

El encuentro de las dos mujeres, en Roma, tuvo lugar con toda probabilidad a fines de los años cincuenta tal vez a través de Elena Croce, en todo caso en un círculo de conocidos comunes y amigos, algunos de los cuales son nombrados en las cartas; la amistad se extendió significativamente también a Elémire Zolla, quien se convirtió en aquellos momentos en el compañero de Vittoria-Cristina y que mantuvo, en el mismo arco temporal, otra intensa correspondencia epistolar con María Zambrano, a veces compartiendo la misma página de las cartas de Vittoria-Cristina a María. En el período en que surgen estos encuentros, María Zambrano vivía desde hacía casi veinte años con su hermana Araceli voluntariamente exiliada de la España franquista, y Roma es una larga etapa anterior a la no menos larga, y no más fácil, residencia en La Pièce, en los bosques del Jura franceses cercanos a Ginebra. El período romano es para la filósofa un momento de gran laboriosidad, de profundas iluminaciones y descubrimientos, un momento de fundamentales giros de su reflexión en torno a la *razón poética* y a *Aurora*, pero es también un momento marcado por graves dificultades materiales y de amarguras y desilusiones.

En las cartas de Cristina Campo a la amiga, enviadas a Roma y luego a La Pièce, palpita y se dilata el círculo del amor: la atención, la preocupación, el ofrecimiento de ayuda, la admiración, el centro de las reflexiones más personales e intensas, los ánimos. De ello se dan diferentes testimonios en cartas y textos escritos por ambas: por ejemplo, en una carta de 1961 a la amiga y pintora florentina Anna Bonetti, en la que Vittoria-Cristina describe a María como “una mujer de altísima calidad, una filósofa ilustre y una de esas criaturas que en la tierra sirven de intermediaras, puesto que no hay en ella nada (inspiración, energía, riqueza) que ella no dé de inmediato a los demás”, dotada de un “equilibrio intelectual y espiritual absoluto y una inocencia de niña que sabe todo, simplemente”, mientras pide a la amiga pintora que le ayude a vender un cuadro propiedad de María; o en una carta de María a la amiga y poetisa venezolana Reyna Rivas, de 1964, en la que María escribe que “Vittoria se mantiene de milagro. Es dantesco lo que sucede en esa casa, teniendo en cuenta que Elémire vive solo y está todavía enfermo, aunque ha mejorado. Son personas admirables, como continuamente ha quedado probado, cuya simple existencia es ya en sí un milagro [...] Por esto a Vittoria no la veo casi, porque tanto ella como yo hacemos milagros para sobrevivir”. A Reyna Rivas, en febrero de 1977, María anuncia: “En enero ha muerto mi queridísima amiga Vittoria, la amiga -hermana de Elémire Zolla- con la que tenía y continúo teniendo una amistad esencial”.

Casi seguramente las postales, las cartas, los textos y las fotos aquí recogidos no suponen todo lo que Vittoria-Cristina envió a la amiga: con

toda seguridad falta más de un eslabón, al igual que tampoco se han encontrado las cartas de María, que se presuponen magníficas a la vista del eco suscitado en las cartas mismas de Cristina Campo. Esto hace aún más preciosos estos escritos, restos de un naufragio, tanto metafórico como real, que justamente por su carácter de vestigios, de “resto”, por ello y a pesar de todo, tan vivo y significativo, indican la íntegra perfección de la que proceden. Dado que una carta real proviene del espacio inmensurable de la amistad, lo que queda no es (nunca) poco

Se encuentran, en las cartas de María, imágenes, reflexiones, observaciones y citas que permiten entender la calidad del espacio que compartieron y que tal vez se podrían resumir en dos pares de palabras que forman a su vez una sola pareja: palabra y vida, amor y tiempo.

Encontramos aquí la escritura y los libros en la mención de Fiaba e Mistero “que será un libro pequeñísimo, pero suficiente para procurarme la maldición de las dos o tres personas que lo lean. Es lo que pretendo en este libro, que fue escrito para Elémire, para ti y en memoria de Anna”; en la expresión del deseo de “escribir un ‘cuento sin sucesos’ que debería llamarse ‘Retrato de una vieja’. Y otro, más importante, sobre la muerte y la infancia”; la fatiga, la invitación a no desistir: “Espera tu libro allí donde lo has citado. *No lo traiciones*. Un libro es como el Esposo – no dice la hora de su llegada. Pero no dejes la puerta y la lámpara. Recuerda que me lo has prometido”.

Se encuentra aquí la alegría suscitada por el libro de la amiga: “Es maravilloso tener entre las manos, como un precioso y pequeño icono, lleno de vivencias y afectos, el volumen de *El hombre y lo divino*. ¡Cómo la ha enriquecido el tiempo, en *todos* los sentidos, María! ¡Cómo lo has hecho madurar tan admirablemente! (¿Hay algo más bello en el mundo que la madurez?)”.

Se encuentra aquí la nostalgia: “Te abrazo fuerte, querida mía. Anuncian el mediodía todas las campanas del Aventino. Si estuvieses aquí rezaríamos el Ángelus”; los amigos, el vivo recuerdo del bien que nos han traído en la vida abriendo “ese tiempo de maravillosos inicios, de plena juventud. Se establecieron vínculos, en aquel tiempo, que no se desharán nunca jamás”.

Se encuentran aquí la oración y el Breviario compartido; las palabras de fuego sobre el Concilio Vaticano II y sobre la liturgia, temas capitales para Cristina Campo, cuyo pensamiento real en este sentido está todavía pendiente de ser investigado en su totalidad.

Se encontrarán, e incluso reconocerá el lector, tantas imágenes y presencias en el hilo amoroso de esta escritura epistolar de Cristina Campos, tan segura y madura, y también tan tierna y alegre (el pequeño asno en el jardín, los gatos), irónica (“mi presión sanguínea desciende hasta los 75 grados, lo que prueba la existencia del alma, ya que en este punto debería estar en coma, mientras que yo me levanto, busco una jeringa, mi pongo una inyección, etc.”). Una escritura experta, también, en abandonos, en soledades, en dolor, a través de la enfermedad y a través de la muerte de las personas amadas (“la adoración perdida”), y capaz de

hacer de una carta un gesto, un intento de resistencia, de rescate de todo esto (la muerte de los padres, de Araceli Zambrano, de Murena), de transformación y de gratitud: “De todo ello es necesario dar las gracias a la misteriosa *oikonomia* en que se comprende nuestra vida”.

Algunas amistades, como ciertas lecturas, no tienen epílogo. Se da una continuidad más allá del fin, en estas cartas, que se coloca misteriosa, poética y literalmente, entre el agua y la llama.

El sábado 22 de enero de 1977, doce días después de la muerte de Vittoria, Elémire Zolla escribe a la amiga andaluza: “Querida María, ha llegado su querida, leve y amorosa carta, tanto que no podía dársela a leer a Vittoria. Muerta mientras estaba componiendo un ensayo sobre el agua. Y sus imágenes, María, son todas de agua límpida en la carta, como casi siempre en sus libros”.

Para el número de octubre-diciembre de 1977 de la revista *Conoscenza religiosa*, en la que algunos meses antes habían aparecido las últimas poesías del *Diario bizantino* de Cristina Campo, recién fallecida – poesías que abrieron de puerta a puerta el misterio poético más allá del umbral de la muerte-, Zolla traduce y publica la primera versión de *La llama / La fiamma*, el texto de María Zambrano dedicado “a Vittoria-Cristina, in memoriam” (todas las cartas enviadas a María Zambrano están firmadas como “Vittoria”, excepto dos que llevan la firma “Cristina-Vittoria”, y es hermoso advertir que el doble nombre permanece impreso en la destinataria que lo escribe, en cierto sentido recompuesto, en la dedicatoria a “Vittoria-Cristina”). *La fiamma* se convertirá en el eje central de *De la Aurora* (1986), en la que permanecen fijas para siempre la prueba de la fidelidad y la memoria del amor de la filósofa andaluza por la poetisa italiana.

“Como agua alegre”, así recuerda un amigo la voz de Cristina Campo al darle la noticia dolorosa de la muerte de Vittoria-Cristina. El miércoles 12 de enero de 1977, Enrique de Rivas escribe:

12 de enero 1977, miércoles
Roma

Querida María,

te escribí una carta el sábado. No esperaba volver a hacerlo tan pronto. Pero es necesario hacerlo para enterarte de una tristísima noticia. El mismo Elémire me pidió que lo hiciera, en la imposibilidad de hacerlo él, todavía bajo un estado de shock. Como ya has podido adivinar, se trata de nuestra amiga Vittoria. Parece ser que su condición cardíaca, delicadísima desde hace años, se agravó de repente el sábado y en la noche del domingo al lunes se produjo la muerte. Elémire estaba con ella; no he llegado a enterarme bien de si el médico pudo llegar o no a tiempo. Yo estuve allí anoche, avisado por Elena de lo que pasaba. Elémire deja el

apartamento y por el momento se traslada a la Pensión Sant'Anselmo, en la misma plaza Sant'Anselmo. Luego no sé qué hará. No estaba en sí todavía.

En cierto modo es justo que sea yo quien cumpla este encargo, pues fuiste tú quien me presentó a Elémire y fue también estando contigo cuando conocí a Vittoria, en casa de Elena en Parioli. Nos llevó luego Vittoria en su coche hasta plaza del Popolo creo.

De ella me quedo esa voz cristalina única, que era como agua alegre, y la veo ahora en aquel jardín en el campo, cerca de Roma, donde fuimos tú y yo también en autobús público. Comimos con ella, Elémire y sus padres. Era verano.

Ahora todos los amigos de esa época sentimos el vacío de estos últimos dos años en que era difícil verla, tan metida como estaba en su enfermedad y en su idea religiosa.

Sé que tú la querías, y siento darte este disgusto; pero mejor que lo sepas por mí que por alguna postal llena de noticias.

Ya son varias las personas que estaban ligadas de un modo u otro a mi estancia en Roma, que se han ido para siempre, y eso le pone a todo, a veces, un velo que antes no tenía. Claro, es el velo que se descorre para ellos y que se corre para nosotros. He aprendido últimamente que uno de los noventa y nueve nombres de Allah es El Encubierto, traducido por algún pobre morisco también como "El gran y justo Encubierto".

Un fuerte abrazo,

Enrique¹

En esta nota se citan algunos fragmentos de:

C. CAMPO, 'Parco dei cervi', en *Fiaba e mistero*, Vallecchi, Florencia, 1962.

C. CAMPO, "Cara, il viaggio è incominciato". *Lettere di Cristina Campo a María Zambrano*, ed. M. Pertile, *Humanitas*, 3, 2003.

M. ZAMBRANO, *Cartas de La Pièce. Correspondencia con Agustín Andreu*, ed. A. Andreu, Pre-Textos, Valencia, 2002.

M. ZAMBRANO, *De la Aurora*, ed. J. Moreno Sanz, Tabla Rasa Libros y Ediciones, Madrid, 2004 [1986]

M. ZAMBRANO Y E. RIVAS, *Epistolario*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, 2004.

Véase también la 'Cronología y bibliografía esencial de Cristina Campo' al final del presente volumen.

¹ Carta de Enrique de Rivas a María Zambrano, Archivo de la Fundación María Zambrano de Vélez-Málaga. La editora desea dar las gracias, una vez más, a Enrique de Rivas y a la Fundación de Vélez por su generosa disponibilidad.

SI ESTUVIESES AQUÍ. CARTAS A MARÍA ZAMBRANO, 1961-1975
Cristina Campo

[1]

[3 de junio de 1961]

Querida,

el viaje ha comenzado del peor modo que podía. No sé siquiera si Elémire se reunirá conmigo después de la conferencia. La maldición del inexistente es diabólica. Florencia está estupenda y me parece un tétrico Purgatorio. De salud estoy bien.

Te quiere tu Vittoria
Amitiés a Ara.¹

[1] Postal ilustrada (Florencia, Puente Santa Trinidad) del 3.VI.1961 (sello postal), dirigida a María Zambrano, Lungotevere Flaminio 46, Roma. Los dos primeros textos enviados a María Zambrano son postales con la misma vista del Puente Santa Trinidad, la primera de día y la segunda de noche. Sin duda fue para las dos amigas un lugar lleno de recuerdos y de símbolos de una ciudad, Florencia, crucial para ambas y que ambas amaron profundamente. No muy lejos del Puente Santa Trinidad estaba, y todavía está, el hotel Berchielli en el que Guido Guerrini, con su mujer Emilia Putti y su hija Vittoria, se alojó por un tiempo durante la guerra. “...Hoy he atravesado por primera vez este puente”, escribe Cristina Campo en una postal con la misma vista enviada a Margherita Pieracci el 30 de abril de 1960 (C. CAMPO, *Lettere a Mita*, ed. y nota de Margherita Pieracci Harwell, Adelphi, Milán, 1999, p. 137 y pp. 334-335). Anterior a esta postal, cronológicamente el primer documento de la relación entre Cristina Campo y María Zambrano, se conserva en el Archivo de la Correspondencia recibida de María Zambrano una postal del Goethehaus, Frankfurt am Main, que representa la Musikzimmer, fechada el 20.07.1960 (sello postal) y dirigida al “M^o Guido Guerrini y familia [“Colegio de Música Foro Itálico Roma Italia”: tachado] Villa Giulia, Manziana, Roma” [grafía de Cristina Campo], en el que figura “Un bello pensamiento. Lombardi Giordano” [¿?] y lateralmente “piano jirafa y espineta” [grafía de C.C.]. Se trata probablemente de una postal recibida en Roma y reenviada al padre al campo, a Manziana, que fue dada o enviada como regalo de la amiga española dado el interés de la ilustración.

¹ “Ara” es Araceli, la hermana de María. Nótese que el uso del español escrito en algunas frases es frecuente en este primer período, como se observa en la dedicatoria a María Zambrano del libro del padre sobre Vivaldi, fechada en 1961, o en la de *Fiaba e mistero*: “a María con timidez y amor su Vittoria / Roma 1962” (véase a continuación el texto 5).

[2]

[3 de octubre de 1961]

Tu

Vittoria¹

[2] Postal ilustrada (Reflejos nocturnos en Puente Santa Trinidad) del 3.X.1961 (sello postal), dirigida a María Zambrano, Lungotevere Flaminio, 46.

¹ Para definir mejor la importancia de esta imagen, y al mismo tiempo captar el aura del lugar, sin duda ligado a recuerdos importantes y también dolorosos en la vida de Cristina Campo, vale la pena releer un breve fragmento de Nicola Lisi titulado 'Un ricordo', aparecido en 1952 en *L'Approdo*. En la bellísima narración es posible percibir poéticamente el desgarró, provocado por la guerra, de aquel lugar, el Puente Santa Trinidad, a través de una anónima figura femenina que parece llevar el inmenso peso en una descripción que tiene el ritmo de una escena de *Vita Nuova*: "La mañana del viernes 4 de agosto de 1944, después de las grandes explosiones de la pasada noche que habían hecho saltar, en el Arno, puentes y casas, una chica débil y morena, de unos veinte años, cuyo rostro amplio y firme revelaba abstracta y sensitiva, bajó a la puerta de casa para preguntar si había quedado destruido el Puente Santa Trinidad. Al ver confirmados sus temores, la joven cerró los ojos para contener la conmoción que sentía crecerle dentro; pero fue inútil, porque enseguida los volvió a abrir entre lágrimas y sollozos sin levantarse de la puerta. Por ello las mujeres, que con permiso de la ronda alemana habían salido a por agua, pasando junto a ella le preguntaban qué le pasaba. Respondía la joven que el Puente Santa Trinidad se había destruido. Y las mujeres, que no relacionaban la respuesta con aquel llanto, se paraban, dejando en el suelo baldes y frascos para preguntarle si su pareja, o alguien amado, había muerto o sido herido a causa del derrumbe. Pero como nada nuevo que no supiesen les aclaraba tal incontenible dolor, con un suspiro, en cuya pena se encerraba la pena de todas, retomaron, juntas, el camino a casa y la fatiga" (N. LISI, 'Un ricordo', *L'Approdo*, I, 1, enero-marzo de 1952, p. 18).

[3]

Navidad de 1961

A María, mi Custodio,
esta imagen ideal¹
de su fiel
Vittoria

con los mejores deseos
amorosos para ti,
y por tanto para mí.

[3] Nota manuscrita, sin sobre.

¹ Con toda probabilidad, Cristina Campo hace referencia a una fotografía que manda a la amiga, según la costumbre, afectuosa y simbólica, de enviar fotos e imágenes, como hace también con Margherita Pieracci (cfr. C. CAMPO, *Lettere a Mita*, cit., Nota) y con Margherita Dalmati (cfr. anverso de la portada de *Gli imperdonabili*). Entre las cartas de María Zambrano hay una fotografía de Elémire Zolla acariciando un gato; la fotografía, sin fecha, lleva la siguiente dedicatoria escrita por Zolla: “¡A María Zambrano con los mejores deseos para su ensayo de 80 páginas! Elémire y el gato rojo”, donde “el gato rojo” ha sido añadido por Cristina Campo.

[4]

Fin de Año de 1961

In verità più d'uno...

In verità più d'uno dovrà laggiù morire,
là dove i grevi remi della nave faticano;
altri dimorano in alto, presso il timone,
volo d'uccelli conoscono e paesi di stelle.

Più d'uno giace sempre, con le membra aggravate,
alle radici della vita oscura;
ad altri sono i seggi designati
accanto alle Sibille, alle Regine,
e là seggono essi, come a casa
il capo lieve e lievi le mani.

Pure un'ombra cade da queste vite
e su quelle vite ricade
e le lievi sono alle grevi
come l'aria alla terra legate.

Di popoli del tutto scomparsi le fatiche
dalle mie palpebre io non posso stornare,
né deviare dall'anima atterrita
muto cadere di lontani pianeti.

Molte sorti s'intrecciano presso la mia,
l'una nell'altra tutte l'esistenza le giuoca
e la mia parte è più che di questa vita
la fiamma snella o la cetra sottile.¹

Hofmannsthal

Para María
por el Fin de Año de 1961

Cristina-Vittoria²

[4] Texto mecanografiado de la traducción de C. Campos de la poesía In verità più d'uno, de Hugo von Hofmannsthal; se añade la dedicatoria al final.

¹ Esta traducción se incluyó en una carta enviada por Cristina de Campo al amigo y poeta ítalo-suizo Remo Fasani, con fecha de 22 de mayo de 1954; la carta, inédita, contiene también algunos comentarios de la autora sobre la traducción, que acababa en

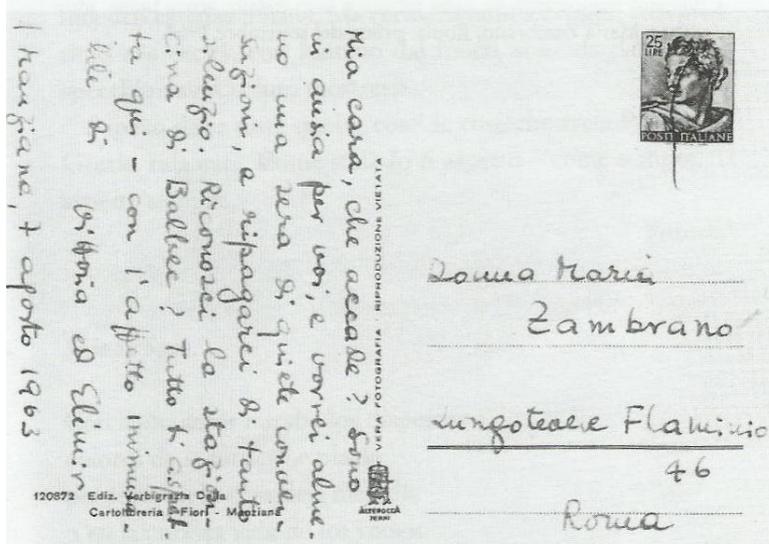
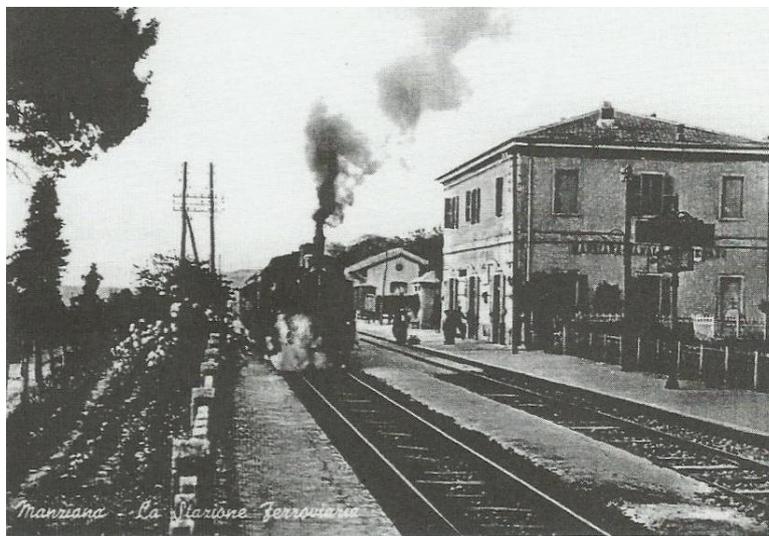
ese momento de ser apenas terminada. En 1964 la poetisa envió al amigo Alessandro Spina esta traducción junto a la de la *Ballata della vita apparente*, también de Hofmannsthal: véase C. CAMPO, *Lettere a un amico lontano*, Milán, Scheiwiller, 1998, pp. 99-101, y C. CAMPO e A. SPINA, *Carteggio*, Brescia, Morcelliana, 2007, pp. 147-148. Las dos traducciones fueron publicadas juntas en *Elsinore*, I, 6, mayo-junio de 1964, pp. 171-172, y se pueden encontrar también en C. CAMPO, *La Tigre Assenza*, ed. M. Pieracci Harwell, Adelphi, Milán, 1991, p. 107 y p. 255 para la nota al texto arriba transcrito. [“En verdad más de uno.../ En verdad más de uno deberá morir allí abajo, / allí donde los pesados remos de la nave se esfuerzan; / otros se demoran en alto, junto al timón, / vuelo de aves conocen y países de estrellas. / Más de uno yace siempre, con los miembros pesados, / en las raíces de la vida oscura; / a otros son asientos dibujados / junto a las Sibilas, a las Reinas, / y la siguen ellos, como en casa / la cabeza leve y leves las manos. / Una sombra cae de estas vidas / y sobre estas vidas recae / y las leves son a las graves / como el aire a la tierra ligadas. / De pueblos del todo desaparecidos las fatigas / de mis párpados yo no puedo quitar, / ni desviar del alma aterrada / mudo caer de lejanos planetas. / Muchas suertes se entrecruzan con la mía, / la una en la otra todas las existencias las juega / y mi parte es más que de esta vida / la llama esbelta y la cítara sutil”].

² “a... Vittoria” escrito a mano.

[5]

El cáliz azul de la Navidad y de los Santos Reyes
(por María, su Cristina-Vittoria)

[5] Ilustración recortada, sin sobre: cáliz con la Adoración de los Magos, sin más indicaciones; sin fecha, probablemente de los primeros años sesenta. En castellano en el original.



Postal de Cristina Campo a María Zambrano, 7 de agosto de 1963 “Stazione di Maziana”. Archivo de la Fundación María Zambrano

[6]

Villa Giulia,
Manzania, 25.VII [1962]

María, querida,

deseaba tanto escribirte enseguida, tu carta me dio tanta alegría. Pero llegó poco antes de nuestra marcha al campo y poco después de la última visita médica de Elémire – dos shocks distintos para un enfermo como él, cuyas embestidas se han llevado todas mis fuerzas.

De todas estas cosas debería hablarte largo y tendido, *sola cum sola*. Incluso un trozo de papel es demasiado público. Aquí he vuelto a encontrar la fabulosa “habitación de la torre”,¹ con sus cuatro ventanas, suspendida en el verano como una pajarera. Aunque he dormido solo una noche, porque hace tres años era la habitación de Elémire (aquí escribió el ensayo sobre la Educación) y ahora Elémire no puede subir tantas escaleras. Así que ahora vivimos, con mi madre, en una pequeña casa en el bosque de coníferas aislada del resto del parque por una colina de laurel y habitada solo por un asno que pasta hierba y flores atado a un cedro del Líbano, y por tres pequeños gatos rojos, totalmente parecidos a jaguares en miniatura. Elémire se pasa todo el día bajo los árboles. Las cigarras llenan el aire, o² lo vacían de repente, según una extrañísima liturgia propia. He observado que dejan de cantar (todas juntas, como si un hilo se cortase) a la hora de calor más intenso – entre las dos y las tres. De nuevo paran cuando refresca, hacia las 6 de la tarde, pero a las 7 ½, en el momento en el que el sol se pone más allá del lago (se ve bien desde la Torre), de golpe entonan un *threnos* que se prolonga hasta el crepúsculo. El calor aquí es muy ligero; en la caseta, por el contrario, (hay una chimenea, en el salón, y una librería) un silencio fresquísimo y el olor de vieja casa curtida por el sol y por las lluvias por la que siento siempre una nostalgia tan violenta. Elémire comentaba que una casa como esta sería perfecta para habitarla todo el año. También mi madre está muy feliz aquí. Para estar con nosotros ha renunciado a asistir al funeral de su última hermana (muerta el lunes pasado a la edad de 98 años). Pasa casi todo su tiempo con Elémire, cuando yo duermo o escribo. Esta tarde vendrá también mi padre, por unos días. Sin embargo, este lugar ideal no está libre más que por poco tiempo. Después... no sé, no lo pienso.

Anteayer recibí las últimas pruebas de “Fiaba e mistero”,³ que será un libro pequeñísimo, pero suficiente como para procurarme el rechazo de las dos o tres personas que lo lean. Es eso lo que le deseo a este libro, que fue escrito para Elémire, para ti y en memoria de Anna.⁴ Quisiera escribirte aquí una “historia sin sucesos” que debería llamarse “Retrato de vejez”. Y otra, más importante, sobre la muerte y sobre la infancia. Pero por ahora no he cogido la pluma más que para escribirte. Hasta ayer el cansancio no me ha permitido ni siquiera dormir. Hoy he tomado a

Polibio – y Los *Buddenbrooks* en alemán (no debo olvidar del todo esta lengua), pero el libro caía al suelo a cada poco.

Espero tanto que a esta hora el pleno verano haya llegado también a Chartres. Recuerdo tan estiva, tan gloriosa, la llanura del Eure et Loire – ese mar de tréboles, con el Jacinto de la Catedral en medio- el bello⁵ Jacinto con sus hojas.⁶ Espero sobre todo que te quedes allí mucho tiempo, hasta poseer esos lugares y ser poseída- es decir, hasta poder escribir. Tu estupendo sueño de la cruz (lo veía encerrado en un círculo, como la cruz templaria) me hace desear que esto ya haya pasado. Estoy indeciblemente impaciente por leer tu texto de Royaumont.⁷ (He escrito a Banti para recuperar “Segovia”).⁸ Mándaselo apenas tengas una copia. ¿Cuándo sale publicado el Congreso?

Creo que Ara ya ha vuelto a Roma o está a punto de volver. Intentaré telefonarla desde aquí, si bien no es fácil. De *ningún* modo, María, y bajo *ninguna* circunstancia, debes dejarte convencer para volver a Roma si antes *no has acabado tu libro*.⁹ Tienes frío, estás triste, sueñas poco, no tienes fuerzas. *No importa*. Todo esto *forma parte* de tu libro, mientras la vida en Roma *no* forma parte de él y te separaría de él una vez más - y esta vez para siempre. Aunque escribas o no escribas, aunque estés triste o alegre, *no*¹⁰ vuelvas. Espera tu libro allí donde lo has citado. *No lo traiciones*. Un libro es como el Esposo – no dice la hora de su llegada. Pero no dejes la puerta y la lámpara. Recuerda que me lo has prometido – y la promesa, puesta en mis manos,¹¹ no me la hiciste¹² a mí.

Ahora Elémire se ha levantado a ver el asno. Hemos buscado un balde de agua para darle de beber y ha bebido más de la mitad. Lo hemos también cepillado y bañado y ahora la pobre bestia, tan divina (no sabiendo el nombre del Asno de Jerusalén, lo llamamos Baràk), pasta tranquilamente, libre de moscas y de sed. Es triste un animal que no trabaja y no puede jugar. “Por lo demás, es un asno muy viejo”, nos dicen. Como si esto autorizase a quitarle la vida.

Querida, escribe pronto, *a mi dirección de Roma*. Te mando un abrazo, quisiera mandarte haces enteros de esta menta que está por todas partes alrededor de la casa. Pero seguro que tu “ferme” está llena de hierbas olorosas.

Siempre tuya

Vittoria¹³

[6] Carta manuscrita, sin sobre, dirigida a María Zambrano en Chartres.

¹ Acompaña la carta una postal de Villa Giulia, Manziana, Roma, en la que a mano Cristina Campo indica en su *reverso*: “(Lago de Bracciano)” y, sobre la fotografía, en el *anverso*: “La habitación de la torre”.

² “O” añadido encima.

³ Acabado de imprimir en septiembre de 1962, por lo que es ese el año de la carta, como confirma también una carta que Elémire Zolla escribe a María Zambrano el 20 de julio de 1962, también desde Manziiana, anunciándole que Cristina está a punto de escribirle.

⁴ En la Biblioteca personal de María Zambrano, conservada en la Fundación María Zambrano en Vélez-Málaga, hay un ejemplar de *Fiaba e mistero* con dedicatoria autógrafa de Cristina “a María con timidez y amor su Vittoria / Roma 1962”. “Anna” es Anna Cavalletti, la primera amiga muerta en el bombardeo de Florencia el 25 de septiembre de 1943.

⁵ “Bello” añadido encima.

⁶ Resuena el recuerdo del viaje a Chartes en 1952, descrito también en una carta a Remo Fasani, y de la poesía enviado al mismo, “Frammento per Chartres”, en octubre de 1954. Para el viaje a Chartres, véase C. DE STEFANO, *Belinda e il mostro. Vita segreta di Cristina Campo*, Adelphi, Milán, 2002, p. 55. El jacinto de Perséfone, símbolo de belleza, vuelve en algunas reflexiones de Cristina Campo diseminadas en épocas diversas. De la poesía recordamos los dos últimos versos, en la redacción fechada “junio ’52 – septiembre ’54”: “Oh, mi jacinto de verdes hojas / en la llanura húmeda de llanto” (*La Tigre Assenza*, cit., p. 33).

⁷ María Zambrano participó en junio de 1962 en el Congreso Internacional sobre los sueños celebrado en la Abadía de Royaumont con la redacción de ‘Les rêves et la création littéraire’, que será un capítulo de *Los sueños y el tiempo*; cfr. Jesús Moreno Sanz, ‘Cronología’, en *La razón en la sombra. Antología del pensamiento de María Zambrano*, ed. Jesús Moreno Sanz, Siruela, Madrid, 1993, p. 643. Durante años el sueño fue uno de los temas sobre el que María Zambrano reflexionó más intensamente, constituyendo una de las claves de toda su obra.

⁸ Se trata probablemente del texto mecanografiado de lo que será ‘Un luogo della parola: Segovia’, ensayo de *Spagna, pensiero, poesia e una città*, Florencia, Vallecchi, 1964. ‘Un lugar de la palabra: Segovia’, saldrá en español en *Papeles de Son Armadans*, 98, 1964, dirigido por Camilo José Cela, quien en una carta a Zambrano de abril de 1961 le ofreció la posibilidad de publicarlo junto a un ensayo de Elémire Zolla – del que la filósofa le había sin duda hablado- además de las poesías romanas de Enrique de Rivas. El volumen que contiene ‘Segovia’ saldrá en 1965 con el título *España, sueño y verdad*.

⁹ El libro es, con toda probabilidad, *Los sueños y el tiempo*, publicado con el título de *El sueño creador*, París, Gallimard, 1964.

¹⁰ Subrayado dos veces.

¹¹ Sigue un “ciertamente” tachado.

¹² “Hiciste” añadido encima.

¹³ Sigue el saludo manuscrito de Zolla: “Cariñosamente, Elémire”.

[7]

Manziana, 7 de agosto de 1963

Querida mía, ¿qué sucede? Estoy ansiosa por saber de ti, y quisiera al menos una tarde de reposadas conversaciones para recompensarnos por tanto silencio.

¿Reconoces la estación de Balbec?¹

Todo te espera aquí – con el afecto inmutable de

Vittoria y Elémire

[7] Postal ilustrada (Estación de Manziana), dirigida a María Zambrano, Lungotevere Flaminio, 46.

¹ La referencia a Balbec evoca a Proust y el amado mundo de la *Recherche*; en agosto de 1963 sale en *Paragone* el ensayo de Cristina Campo 'Les sources de la Vivonne', luego incluido en el volumen de 1971 *Il flauto e il tappeto*.

[8]

Buen reposo, querida.
Te llamaré más tarde.
No te muevas hoy –
te lo pide por
tu bien, y no solo por
el tuyo, lo sabes –
tu amiga

Vittoria

[8] Nota manuscrita en folio con membrete; sin fecha, sin sobre, dirigido a María Zambrano, Roma, inicios de septiembre de 1964.

[9]

Queridísima,
 con el texto de Pasternak, que hace tiempo quería volver a copiar para ti, te mando una poesía de Borges, también ella en honor de tu amiga Susana.

No hay que asombrarse si de ella Borges no ha sabido ver más que la urdimbre prudente y delicada de los grises; si solo a Pasternak, hombre de fuego, y unido a ella por el misterio más enorme (el tiempo mismo todavía por vivir), se le ha concedido ver en ella el ardor y el prodigio.¹ Dios no concede nada que no esté ya en el hombre, “más allá de los ruegos” no es más que esto, la última divinidad de la esencia humana. Aunque ciertamente, frente a Borges, tan próximo a la ceguera, tan lejano al fuego, solo “la dama del espejo” habrá querido mostrarse.

Sabía por ti todas estas cosas: las cosas que desvela Pasternak. Gracias, querida mía. ¿Cómo estás? Te espero – como siempre. Te espero siempre

Vittoria²

Susana Soca

Con lento amor miraba los dispersos
 colores de la tarde. Le placía
 perderse en la compleja melodía
 o en la curiosa vida de los versos.
 No el rojo elemental sino los grises
 hilaron su destino delicado,
 hecho a discriminar y ejercitado
 en la vacilación y en los matices.
 Sin atreverse a hollar este perplejo
 laberinto, miraba desde afuera
 las formas, el tumulto y la carrera,
 como aquella otra dama del espejo.
 Dioses que moran más allá del ruego
 la abandonaron a ese tigre, el Fuego.

Jorge Luis Borges
 (*El Hacedor*)

Dos excepciones maravillosas, las dos cartas, la que usted me dirigió a mí y la mía de antes de Navidad a Madame Susana Soca. Ambas han llegado a sus destinatarios. Madame me prometió escribirme desde Montevideo. Si lo ha hecho, lamento la pérdida de una carta tan valiosa

para mí y le ruego que no se tome la molestia de volver a escribir, pues ya intuyo lo esencial y adoro su ímpetu espontáneo y la fortuna personificada en tal modo en ella. Basta con que aparezca en un lugar y todo empieza a girar y ramificarse y Pasternak y Nadeau surgen de repente y Melle. Peltier y Kotkoff, y todo se pone en marcha, se mueve y vive. Anunciada a Madame mi satisfacción casi amenazante (para mí) y ponedle al corriente de mi dirección oficial.

Pasternak

(Carta a Maurice Nadeau, 4 de febrero de 1957)³

[9] Carta mecanografiada sin fecha, sin sobre; probablemente, de principios de los años sesenta; poesía mecanografiada de Borges; fragmento mecanografiado de una carta de Pasternak.

¹ De Boris Pasternak (1890-1960) Vittoria Guerrini envía a la amiga un fragmento de una carta a Maurice Nadeau, experto en el Surrealismo, en la que habla de una carta de la poetisa y ensayista Susana Soca (1907-1959). Susana Soca funda en 1947 en París y en francés, la revista *La Licorne*, desde 1953 editada en Montevideo y en español, en la que escribieron Borges, Neruda, Eliot, Alfonso Reyes, Guillén y Caillois, entre otros; a la amiga poetisa y escritora uruguaya trágicamente desaparecida, Jorge Luis Borges dedica la poesía *Susana Soca*, luego incluida en *El hacedor* (Emecé, Buenos Aires, 1960). Sobre Susana Soca y María Zambrano véase los dos retratos de Cioran, 'Lei non era di qui...' y 'María Zambrano. Una presenza decisiva', en E. M. CIORAN, *Esercizi di ammirazione. Saggi e Ritratti*, Adelphi, Milán, 1988, pp. 209-210 y 177- 178, respectivamente.

² Manuscrito.

³ Véase M. NADEAU, *Grâces leur soient redues. Mémoires littéraires*, Éditions Albin Michel, París, 1990, pp. 450-451. En francés en el original.

a María, de Vittoria¹

1.

Si buscas al eterno amigo,
oh corazón, olvídate de ti.
Como mariposa a la luz
ofrece el cuerpo y el alma.
Sé niño sin pan
en la puerta del extranjero,
sé boca fraterna para el loco
y háblale solo de amor.
Así ante ti se inclina el Señor
más allá de la fe y el error,
pues él mismo, de la jarra eterna,
te beberá, con el vino eterno.

2.

Deja el mundo y serás señor en él,
sal de ti, serás compañero de Dios.
Ponte, tú flecha, en el arco del Señor,
que él te lance rápido a tu objetivo.
Crece, tú grano, y sé campo de espigas,
déjate luego cosechar el día que toque guadaña;
hazte pan del mundo en el horno ardiente,
deja alegre la tierra y serás estrella.

3.

Yo soy el Este, levántate de mí, Sol,
surge de mis tinieblas, claridad.
Yo soy la noche, sé tú mi corona de estrellas,
yo tiemblo ante mí mismo. Oh verdad, resplandece.

4.

El viajero de Dios se embriaga sin vino,
de todo se asombra en su larga travesía.
Entre los escombros resplandece el tesoro para él,
él, sin fe, es entre todos el fiel.
El viajero de Dios no aprendió en los libros,
le enseñaba el Altísimo en su sueño de niño.
Nunca descubre ese viajero su propio tiempo:
búscalos, amigos, y los encontrarás.

Poesía de la danza

1.

Escucha, si ofendes la danza de los amantes,
recogerás carbones ardientes en tu cabeza.
Pero si te sabes fiel siervo de tu Señor,
haz música para los amantes y alaba a Dios.

2.

La danza es el reposo del amor.
Esto lo sabe solo el alma del alma.
Si giran en círculo los danzantes, giran en torno a un santo.
Así es el amor completo, figura de amor más alto
y, a la vista de Dios, más alto que toda razón.
Pero si has consentido que te abandone el amor,
siéntate entonces solo y alegre haz música al Cielo.

3.

Nuestra danza es alma, secreto,
nuestra danza es lo que tú no sabes,
no se le permite a nada penetrarla nunca,
sin miedo el espíritu la llama.

Nunca la entretuvo una mujer,
la nuestra es una danza guerrera,
nunca vio un esclavo la danza
si bailan los reyes victoriosos.

Nuestra danza hace girar² los soles
y deshace los rizos de los ángeles.
En esta danza de esferas
veré a Dios en los ojos.

4.

Girando alrededor del centro eterno,
que es Dios,
juntándose en tumulto en torno al tranquilo centro
que está en Dios,
aleja de ti toda preocupación y gira alrededor
de Dios,
más allá del sol y las auroras, hasta
Dios.
Quien sepa la fuerza de la danza
vivirá en Dios,
pues sabe que el amor mata
como Dios.

Dschellaleddin Rumi (1207-1273)³

[10] Texto mecanografiado con ocho poemas de Gialal al Din Rumi, poeta místico persa; probablemente de los primeros años sesenta; con dedicatoria.

¹ En alto, manuscrito.

² Sigue “cielos”, tachado.

³ La lengua y el estilo de estas poesías de Rumi hacen pensar en una traducción de Cristina Campo. Un epígrafe de Rumi encabeza el ensayo ‘Il flauto e il tappeto’ en el volumen homónimo de 1971.

[11]

[1965]

Recuerdo de
Emilia Guerrini Putti
que el señor quiso llamar en el momento de su venida.

Para aquellos que le fueron próximos
en la iglesia benedictina de San Anselmo en el Aventino
el 28 de diciembre de 1964
fiesta de los Santos Inocentes

Dum médium silentium tenerent omnia, et nox in suo cursu
medium iter perageret, omnipotens sermo tuus, Domine,
a regalibus sedibus venit. Alleluja.

Crastina die delebitur iniquitas terrae. Et regnabit super
nos Salvator mundi.

Surge, amica mea, et veni.¹

a María
siempre cercana
Vittoria

[11] Epígrafe-recuerdo de Emilia Guerrini Putti, madre de Vittoria-Cristina, con foto del interior de San Anselmo; a la derecha de la foto, texto impreso; en el anverso, dedicatoria autógrafa; sin sobre.

¹ En la tumba de María Zambrano y de la hermana, en el pequeño cementerio de Vélez-Málaga, está escrito el mismo versículo del *Cantar de los Cantares: Surge amica mea et veni.*

[12]

[15 de agosto de 1965]

Querida,

gracias por haberme anunciado la salida de tu libro -de tus libros- y tu proyecto de traducir a Simone.¹ Son de las pocas noticias capaces de alegrarme, en este tiempo tenebroso. La dirección de Madame SELMA Weil es: 3, rue Auguste Comte, París VI. Quisiera anunciarle yo misma tu carta, aunque no te puedo asegurar que tenga fuerzas. No importa. Quisiera indicarte un pequeño libro de Simone publicado hace dos años. *Pensées concernant l'Amour de Dieu*, una especie de *Imitatio Christi* moderna, tal vez su libro más bello. O los escritos sobre Grecia. Podrías elegir entre dos libros: *La source grecque* y las *Intiutions préchrétiennes* (sin olvidar en ningún momento “L’Iliade poème de la force” y “Dieu dans Platon”).² Nada de todo esto, creo, ha sido traducido al español. En definitiva, tú misma sabrás lo que, en Simone, es tuyo.

Respecto a nosotros, la dirección en el anverso de la carta te habrá dicho ya mucho. Una vez más el horror me ha traído a las puertas de esta abadía, que es ya para mí la única casa paterna. No solamente porque en ella habita el padre espiritual que Dios quiso darme piadosamente cuando me arrebató al padre terreno – sino porque el acto de inclinarme profundamente cada día, delante de aquel lugar, a los pies del altar, donde mi Madre y mi Padre descansaron por última vez, enterrados con el anhelo de bendiciones, es hoy para mí la única conexión cierta entre pasado y presente, entre muerte y vida, entre mi stirpe y el mundo: el único acto que no me parece falto de sentido y de finalidad. Por el momento, la abadía está casi deshabitada: no hay Música ni liturgia; solo unos pocos fieles y un sacerdote permanecen. Pero la Misa de la mañana, con su silencio sepulcral, las completas al atardecer, el sonido de las campanas que regula el día, acompaña dulcemente la noche -esta existencia, en definitiva, casi de retiro- es aceite suave sobre el alma y sobre el cuerpo. (Un poco más lejos está la Abadía Trapense de las 3 Fuentes,³ con sus monjes casi invisibles, sus ceremonias vespertinas rodeadas de tinieblas, entre un lentísimo salmodiar e inmortales silencios). Te he señalado las cosas que hacen todavía posible mi vida: es un acto de gratitud a Dios, a esas cosas y a ti, siempre cercana, testigo perfecta con el dedo en los labios...⁴ De las cosas que hacen mi vida imposible, no quisiera hablarte: la falta de fuerzas, el temor a que la mente no rija, la inquietud por la salud de Elémire, mala, y por su paz; y una casa donde no puedo vivir sin que haya otro lugar al que ir... Pero sobre todo, ante todo, el horror indecible de Su ausencia, cada día más concreta y terrible – y esa labor despiadada de la muerte que, como en el rostro humano, al igual que en nuestro corazón, no deja más que las facciones soberanas de la criatura – y solas, y verdaderas- aquellas que

muy pocos entre nosotros supieron revivir y amar. Esta es la cruz más pesada – la adoración perdida... (Recuerdo cuanto decías de tu Padre. Un día te hablaré del mío – las últimas semanas, cada vez más bello, cada vez más extrañamente parecido a Pio X; y la gracia, y la elegancia de su comportamiento – la amabilidad perfecta de su misma muerte, casi en medio de una conversación⁵ - tanto que el Padre Mayer, siempre presente como un ángel, quiso incluso unirlo, no sabiendo si dormía... De mi Madre, de mi pequeña y bella Madre, ya te hablé. Si es cierto que la muerte se parece al hombre más que su propia vida, ¿cómo podré agradecerles también estas despedidas?)

Te abrazo fuerte, querida mía. Anuncian el mediodía todas las campanas del Aventino. Si estuvieses aquí rezaríamos el Ángelus.

Lo mejor para Ara y para ti

Vittoria

Esto lo he cogido para ti en las habitaciones del Santo, el día de tu fiesta, 31 de julio. Ponlo entre las páginas de *Gesuita perfetto*⁶ y que ambos te sirvan como recuerdo mío.

Vittoria

Día de la Asunción de 1965

[12] Carta manuscrita, sin sobre, dirigida a María Zambrano, La Pièce; adjunta hay una postal de la misma fecha (S. Ignatius de Loyola, A. Sánchez Coello pinx., Madrid; Postulatio Generalis, Borgo S. Spirito, 5, Roma), escrita a mano.

¹ Cristina Campo fue una de las primeras lectoras italianas de Simone Weil, a quien apreció profundamente durante toda su vida; en 1953 se publicó en ‘La posta letteraria’ del *Corriere dell’Adda* una selección de pensamientos de S. Weil sobre el arte traducidos por ella; en 1959 la poetisa preparó un número monográfico sobre Weil para *Letteratura*; tradujo la tragedia incompleta *Venezia salva* (1963; cfr. Cristina Campo, ‘Tradurre Simone Weil. Lettere all’editore’, ed. Giovanna Fozzer, en *Humanitas*, 2, abril de 2000, pp. 174-200) y numerosos escritos, además de tenerla como objeto de ensayos y de preparar la edición de *Attese di Dio* (1972). El proyecto de traducir a Simone Weil al español fue real y tuvo como intermediaria a Vittoria Guerrini-Cristina Campo. En 1937 en Valencia, en plena Guerra Civil, María Zambrano se encontró con Simone Weil vestida de miliciana; sería interesante establecer hasta qué punto Cristina Campo no fue para la amiga española una intermediaria no solo de la bibliografía del pensamiento de Simone Weil: la presente carta es interesante tanto por lo que desvela, como por el método que Cristina usa al hablar con la amiga filósofa.

² S. WEIL, *La Grecia e le intuizioni precristiane*, trad. del francés de Martherita Pieracci Harwell y Cristina Campo, Rusconi, Milán, 1974.

³ Entre las cartas de María Zambrano, una postal fechada el 31 de agosto de 1965 desde la Abadía de las 3 Fuentes, con la decapitación de San Pablo, enviada a Enrique de Rivas, Elémire Zolla, Nieves Mathew de Madariaga y Cristina Campo, quien escribe la dirección y, tras los saludos y frases de los demás, lo que sigue: “las 3 fuentes tienen, respectivamente, agua fría, templada y caliente. *Sed calientes o fríos, pero nunca templados* (monjes trapenses)”. En la Abadía existe todavía hoy una comunidad de

Pequeñas Hermanas de Charles de Foucauld. El lugar vuelve a aparecer en *Lettere a Mita*, cit. Véase el texto siguiente.

⁴ Es necesario señalar que esta es la definición etimológica de místico (*The Encyclopedia of Religion*, editor jefe Mircea Eliade, Macmillan Publishing Company, Londres-Nueva York, 1987, *ad vocem*)

⁵ Véase la carta de Cristina Campo a Alessandro Spina fechada “domingo [1965]”, *Carteggio*, cit., pp. 174-175.

⁶ F. MONICELLI, *Il gesuita perfetto*, Longanesi, Milán, 1960: se encuentra en la Biblioteca de María Zambrano y en él se observan numerosos subrayados y siglas, siempre a lápiz (entre ellas “S.W.”, en la p. 39) en las que parece reconocerse con certeza la grafía de Cristina Campo; algo natural, por tanto, la invitación a conservar la imagen de San Ignacio dentro de la “narración ejemplar” de Monicelli, regalo dentro de un regalo. Véase C. CAMPO, “‘Il gesuita perfetto’ racconto esemplare”, en *Sotto falso nome*, ed. Monica Farnetti, Adelphi, Milán, 1998, pp. 69-74.

[13]

8 de septiembre [1965]

Querida,

hoy, Natividad de Nuestra Señora, después de la Víspera Solemne en la Abadía de las Tres Fuentes, me dicen que la fiesta del 12, el Santo Nombre de María, no se festejará más... La misma disposición se ha tomado también con otras fiestas, como por ejemplo con la de la Sangre Preciosísima, y con muchas fiestas de santos. El 12 de septiembre es también San Guido, onomástica y día de nacimiento de mi Padre. En definitiva, querida, te mando hoy, por el 12 y por cada día del año, mis más tiernos y fuertes deseos. Nada cambia para mí – ni por ti, creo.

Un fuerte abrazo

Vittoria

[13] Postal ilustrada (Abadía de las Tres Fuentes, Roma, parte del claustro); dirigida a María Zambrano, La Pièce.

Querida,

tu carta del Día de la Inmaculada Concepción que Elémire me ha enseñado, me ha dado una gran alegría. Si aún no lo has hecho, lee el Matutino de esa fiesta: las lecciones del II y del III Nocturno (Sermón de San Girolamo y Homilía de San Germano) – y en el Matutino de hoy (II Nocturno) el Sermón de León el Grande sobre el ayuno.

Quisiera que pudieses oír rezos cantados en la Abadía de San Anselmo, la tarde antes de la fiesta, entre las 7 y las 8. Cada uno termina con una profunda inclinación del lector y un “Tu autem Domine miserere nobis”, a la que responde el “Deo gratias”. Luego viene el Responsorio dialogado y, por último, el lector pide al Abad, inclinándose: “Jube Domine benedicere”. Y él responde con un breve dístico rimado (que encontrarás ejemplificado en los maitines del Domingo) de sabor exquisitamente popular: por ejemplo, “Ad societatem civium supernorum / perducatur nos Rex Angelorum”, o; “per Evangelica dicta / deleantur nostra delicta”. Hace mucho frío, muchísimo frío en la iglesia a esa hora. Ayer tarde estaba yo sola, en la nave. Los monjes llevan todos hábito y capuchón – y según el modo en que cada uno levanta su capuchón se sabe si es un monje verdadero, porque el monje verdadero lleva con orgullo su hábito, que es la elegancia misma, y lo lleva como un rey.

Meditando en torno a tu hermosísima carta mariana, volví a pensar qué milagro, posible solo en virtud de la gracia, es cada hora de esta vida nuestra, cada vez más parecida a la de una hospedería conventual. Quiero decir: que a estas lecturas, a estos cantos, que a estas fiestas se les permita sobrevivir. Por ejemplo: ¿cómo es que se celebra todavía la fiesta dogmática de la Inmaculada Concepción, mientras que implícitamente se niega, de mil modos, la mancha de todos los otros? ¿En un mundo en el que ya no se reconoce, ya no digo el sacrilegio, la herejía, la blasfemia, la predestinación al mal – sino el puro y simple concepto de pecado? El Padre Mayer me pidió un día que le escribiera todas las cosas que me perturban del desarrollo del Concilio; y yo le respondí: “pero no son más que dos, siempre las mismas: la negación de la Comunión de los Santos (fuerza de los rezos, papel soberano de la contemplación, reversibilidad y transferencia de las culpas y de las penas) y el rechazo de la Cruz (el hombre “no debe sufrir más”, permanecer durante una hora clavado en la cruz de la propia consciencia o ante la puerta cerrada de un irrevocable *non licet*.² No hablamos de aplicaciones de la palabra del Maestro: renegados el padre y la madre (por ejemplo, todo lo que os han enseñado antes de mi llegada a vuestra alma); pasado, presente, patria, partido – todo es ya conciliable con la Cruz (o con lo que piensan que es) con tal de que no sea nunca más³ un problema escatológico. Muerte al monje

contemplativo que vive ya a mitad de la “Urbs Jerusalem Beata”: - debe ser terrena, esta Jerusalén, y poco importa si se asemeja extrañamente a la Torre de Babel levantada en el centro de Sodoma o de Gomorra...).

Los falsos monjes de Cuernavaca, hijos de Satán atentos a las obras de su padre, fabrican estas pequeñas cruces para fieles convencidos de la inexistencia del maligno y de la necesidad de la libertad de conciencia: crucecitas que son en todo iguales a la verdadera Cruz que debía aparecérselos ante los ojos de los crucifijos: una cosa pobre y cómica. (No se lo digas a Enrique, que me trajo una: espero encontrar a un verdadero herético –ya casi no hay, porque todos lo son- para regalársela).⁴

Me das las gracias, querida, por el Breviario. Yo te doy las gracias desde el 2 de noviembre por aquella maravillosa cena funeraria que has sabido contarme como la gran novelista que eres: con verdad profunda. Este mes, que dedico únicamente⁵ a la salvación de mi Madre, no...⁶

[14] Carta manuscrita del 12 de diciembre de 1965, desde Roma; falta la parte final; dirigida a María Zambrano, La Pièce.

¹ El 8 de diciembre se clausuró el Concilio Vaticano II.

² La escritora no cierra las comillas, que con toda probabilidad podrían cerrarse aquí.

³ “Nunca más” escrito encima.

⁴ Cuernavaca es la capital del estado de Morelos, México, donde se encuentra el Palacio de Cortés (siglo XVI); además de *La caída de Tenochtitlán* de William Carlo Williams (traducido por Cristina Campo en 1963), referente ideal sobre la conquista española y sus negativas consecuencias. Fundamental para aclarar la postura crítica de este pasaje es la obra del escritor, historiador y poeta mexicano Alfonso Reyes (1889-1959), muy querido, se puede decir, también por Cristina, pues supo exaltar los valores autóctonos fundiéndolos e interpretándolos a la luz del espíritu europeo. María Zambrano mantuvo una estrecha amistad con Alfonso Reyes en México, en 1939; desde Roma le escribió la famosa ‘Carta abierta a Alfonso Reyes sobre Goethe’, *El Nacional*, México, 23 de septiembre de 1954, sobre la “olimpicidad” de Goethe. Cristina Campo parece aludir aquí a una situación de sincretismo y confusión espiritual, dándole la vuelta genialmente a los paralelismos con su situación presente. Enrique Rivas, escritor, ensayista y poeta, amigo de María Zambrano, con la que mantuvo una correspondencia epistolar durante toda su vida, conoció a Cristina Campo y a Elémire Zolla y tuvo relación con ellos y con muchos de los amigos que los rodeaban; en este período viaja con frecuencia a México, de ahí la alusión de la carta. Gentilmente me informa de que Cuernavaca era famosa porque allí se obtenía con facilidad el divorcio.

⁵ “Únicamente” añadido encima.

⁶ Falta el siguiente folio en el que se continuaba la carta, la cual, por desgracia, se interrumpe aquí.

[15]

Circuncisión de Nuestro Señor
1966

María,

¡Feliz Año! Te mando una imagen del ciclo que se inicia: la cruz monástica.¹ Te hará de guía, si es que necesitas una guía, en la lectura del Breviario: cosmogonía simple y perfecta en la que todas las demás pueden integrarse.

Un abrazo estrecho de

Vittoria

[15] Nota manuscrita del 1 de enero de 1966, desde Roma; dirigida a María Zambrano, La Pièce.

¹ Véase la reciente publicación del dibujo a mano de Cristina Campo de la cruz monástica y de la lectura de los tiempos litúrgicos en C. CAMPO, *Appassionata distanze. Letture di Cristina Campo con una scelta di testi inediti*, ed. Monica Farnetti, Filippo Secchieri y Roberto Taioli, Tre Lune Edizioni, Mantua, 2006, pp. 34-35.

[16]

16 de diciembre de 1966

Queridísima, escribes como si te pareciera que me he ido muy lejos. Es verdad – pero no de ti. He hecho un viaje en la noche del que prefiero no hablar – y no sé bien siquiera hasta qué punto he vuelto. Te diré solamente que he pasado 40 noches sin cerrar los ojos... Ahora, los pequeños, verdaderos¹ viajes hechos con Elémire, al Sur y a Venecia,² me han devuelto un poco el sueño y un poco la calma. Pero basta. Espero poder escribirte más, hablarte de Montecassino y de Cava dei Tirreni - ¿conoces esas sagradas montañas? Siempre, y con un fuerte abrazo

Vittoria

[16] Carta manuscrita de Cristina Campo; sin sobre; precedida de una carta mecanografiada de Elémire Zolla, dirigida a María Zambrano, La Pièce. La carta de Zolla acaba así: “Dejo la palabra a Vittoria, con un afectuoso saludo, Elémire” y enseguida empieza la carta de Cristina Campo escrita a mano.

¹ “Verdaderos” añadido encima.

² Relacionada con este período existe una postal, conservada en el Archivo María Zambrano, enviada por Zolla y por Cristina a María, a La Pièce; reproduce la imagen de una estatua de Eilythia, del Santuario de Hera en la desembocadura del Sele, en Paestum; el texto manuscrito reza: “Un afectuoso saludo de Elémire y de Vittoria”.

[17]

20.IV.67

Queridísima, para Pascua te mandé un pequeño icono con una larga carta. Tu silencio (¡aunque no sé cómo oso hablar de silencio!) me hace pensar que lo que me dice Elena¹ es cierto y que dentro de poco –Dios lo conceda– nos volveremos a ver y... ¡aleluya, aleluya!

tu Vittoria

[17] Postal ilustrada (Pompeya, La casa del efebo); sobre la imagen, apuntado a mano por Cristina Campo, “Taurus”, indicando el fresco que representa el toro, en el lado derecho del pequeño templo; dirigida a María Zambrano, La Pièce.

¹ Probablemente hace referencia al proyecto ideado por Elena Croce de ofrecer a las dos hermanas españolas alojamiento en la Villa La Ginestra, en Torre del Greco, según se lee en numerosas cartas de Elena Croce de este período y hasta 1969-70; el proyecto se mantuvo hasta que las condiciones de salud de Araceli hicieron imposible su realización; cfr. J. MORENO SANZ, *Cronología*, cit., p. 620.

La Tigre Assenza

pro padre et matre

Ahi che la Tigre,
 la Tigre Assenza,
 o amati,
 ho tutto divorato
 e questo volto rivolto
 a voi! la bocca sola,
 pura,
 prega ancora
 voi: si prepara ancora
 perché la Tigre,
 la Tigre Assenza,
 o amati,
 non divori la bocca
 e la preghiera ...



Manuscrito de la poesía La Tigre Assenza enviado por Zambrano junto a una breve nota el Día de Navidad de 1967. Archivo de la Fundación María Zambrano

[18]

Navidad de 1967

Siempre silenciosa y siempre cercana a ti, mi dulcísima María, con un tesoro de palabras no escritas guardado en el corazón para ti, con el inmenso deseo de una hora de tregua en esta tremenda lucha por escribirlas todas, una a una, por decirte, como en un estrecho, largo abrazo, su gran ternura, su profunda admiración y sus mejores deseos de todo suave bien para ti y para quien te es querido.

Así, María, tu

Vittoria

La tigre Assenza
pro patre et matre

¡Ay, que la Tigre,
la Tigre Ausencia,
oh, amados,
ha devorado todo
de este rostro vuelto
hacia vosotros! La boca sola,
pura,
reza todavía
por vosotros: de rezar todavía
porque la Tigre,
la Tigre Ausencia,
oh, amados,
no devore la boca
y la plegaria...¹

[18] Nota manuscrita del 25 de diciembre de 1967.

¹ La poesía será publicada en la revista *Conoscenza religiosa*, 3, julio-septiembre de 1969, p. 344. Se encuentra también ahora en *La Tigre Assenza*, cit., p. 44.

[19]

9 de noviembre [1971]¹

María queridísima,

son las 3 de la madrugada, desde hace meses varias pequeños, y no tan pequeños, padecimientos me tienen encerrada en mi habitación; los días son largos, sin poder escribir (mi presión sanguínea desciende hasta los 75 grados, lo que demuestra la existencia del alma, puesto que en este punto se debería estar en coma, mientras que yo me levanto, cojo una jeringa, me pongo una inyección, etc.); sobre todo son largas las noches, solitarias, en las que se teme el sueño como un océano que engulle. En esos momentos evoco las presencias de aquellos que hace un tiempo - como tú- me decían: “si te sientes sola, llámame”, y que la vida ha colocado en ese ilusorio espacio, ciertamente, en el que nosotras no creemos. Y, de hecho, tú estás cerquísima en estos momentos.

Se acerca la Navidad y, no sabiendo qué hará con nuestras felicitaciones el miserable correo postal italiano, pongo ya en tus manos el pequeño, augusto Emanuele² que dentro de pocos días la liturgia de Adviento empezará a invocar. Espero que te te llegue a ti la gran alegría que me ha dado siempre este pequeño rostro de la Infancia, que es “Ayer y Hoy,³ Principio y⁴ Fin”, y que te acompañe.

Es maravilloso tener entre las manos, como un pequeño precioso icono, cargado de vivencias y de afectos, el volumen de *El Hombre y lo Divino*. ¡Cómo lo ha enriquecido el tiempo, en todos los sentidos, María! (¿Hay algo en el mundo más bello que la madurez?) Elémire me pide que te diga que este libro ha llegado a nuestras manos justo cuando él intentaba inútilmente expresar un pensamiento alto e insobornable (como dirías tú): tu libro le ha dado las palabras perfectas, que encontrarás en un ensayo suyo dentro de poco.

Gracias, pues, María, por este regalo de soledad a soledad. Gracias por estar de tantas maneras presente en estos momentos.

Si puedes, háblame de tu bosque sagrado,⁵ de la gran mesa en la que trabajas, de las dos pequeñas amigas que confío cerca de ti (no hablo más que de cosas, como ves, visibles-invisibles).

En mi sillón, junto al lecho, duerme un gran, joven gato perfectamente inocente. En la pequeña habitación sobre la cocina, tres pequeñas hadas de los más delicados tonos de gris.

De todos nosotros –
mucho amor

Vittoria

[19] Carta manuscrita; sin sobre; dirigida a María Zambrano, La Pièce.

¹ Cfr. C. CAMPO, *Lettere a Mita*, cit., 9 de noviembre de 1971, pp. 251-252.

² “Hete aquí: la virgen concebirá y dará a luz un hijo, al que llamará Emanuele”, Isaías, 7, 14.

³ Sigue “al”, tachado.

⁴ Sigue “al”, tachado.

⁵ La alusión poética al bosque en cuyos confines estaba la casa habitada por María Zambrano y la hermana, en La Pièce, evoca también un núcleo temático presente en ambas amigas reflejado también en sus respectivas escrituras: *Claros del bosque* y *Parco dei cervi*.

[20]

Domingo 9, VII después de Pentecostés [1972]

Gracias, querida María, por tus palabras, tan llenas, pese a todo, de profunda paz. Me han tranquilizado mucho y rezo y te deseo un verano consolador.

La idea de que una pequeña jaula luminosa te espere en Roma¹ me da muchísima alegría: un lugar estable que también a mí me falta desde hace siete (¿?) años...

Lentamente voy volviendo a vivir después de la larga crisis que ha sido, como siempre, dolorosa y providencial. De todo ello es necesario dar las gracias a la misteriosa *oikonomia* en la cual se comprende nuestra vida. De este tejido forman parte también los dulcísimos gatitos: dos tal vez pasarán al jardín de un amigo, en la costa ligur; dos quisiéramos tenerlos aquí. Son tiernísimos y de una maravillosa discreción: todo en estas pequeñas vidas enseña algo.

Ahora te dejo con tus dos silenciosas pequeñas, inmersa en la palabra; y te mando la cosa más bella que existe: esta "Paternidad" (o Trinidad) rusa en la que el pequeño Hijo está en el regazo del Padre y del Espíritu está oculto en el centro del globo que está en el regazo del Hijo, de igual modo a como está oculto en el centro del corazón.² Adiós, María, lo mejor de parte mía y de Elémire

Vittoria

[20] Carta manuscrita, desde Roma, con sello postal del 12.07.1972; se conserva la carta: dirigida a María Zambrano, La Pièce; remitente: C. Campo / S. Anselmo 3 / Aventino, Roma.

¹ Tras la muerte de la hermana Araceli, que tuvo lugar el 20 de febrero de 1972, María permaneció 4 meses en La Pièce; en otoño realiza un viaje a Grecia con dos queridísimas amigas; pasará todo 1973 en Roma, en via Montoro; cfr. J. MORENO SANZ, *Cronología*, cit., p. 621.

² Entre las postales y las fotos de María Zambrano, está la de *Icono de la Paternidad* de la Escuela de Novgorod, siglo XIV, conservada en la Galería Tretjakov de Moscú, exactamente igual a la imagen que Cristina Campo describe a la amiga y que le envía.

[21]

6 de noviembre

María querida,
me has salvado de la confusión. Deja que yo te ayude en la fatiga: llevar los batientes de la puerta de Gaza¹ a la cima de la montaña – (conozco bien cada piedra, y puedo servirte, con humildad y precisión).

Tú me has dicho: “el miedo es el demonio mismo” y esto me ha salvado, en un momento de horror. Deja que yo te lo diga, en un momento de ansia – no tengas miedo, querida – y deja que yo te ayude en silencio, minuciosamente.

Vittoria

[21] Postal ilustrada (Sansón con los batientes de la puerta de Gaza, Landesmuseum Stuttgart, Württemberg, hacia 1200); sin sobre; sin año. Se supone que puede ser de 1972, año de la muerte de Araceli y de profundo desconcierto para María Zambrano; aunque las referencias de Cristina Campo podrían también hacer pensar en el verano de 1964, cuando María y Araceli tuvieron que dejar Roma por culpa de un vecino de casa.

¹ Cfr. Jueces XVI, 1-3: “Sansón fue a Gaza, vio una prostituta y fue hacia ella. Se le dijo a los de Gaza: Ha venido Sansón. Ellos lo rodearon, estuvieron al acecho toda la noche junto a la puerta de la ciudad y toda aquella noche permanecieron tranquilos, diciendo: Esperemos al alba y entonces lo mataremos. Sansón descansó hasta media noche; a media noche se levantó, arrancó los batientes de la puerta de la ciudad y las dos jambas con los barrotes, se los puso a la espalda y los llevó a la cima del monte que mira en dirección a Hebrón”.

[22]

Roma, en la fiesta de San Juan de 1975

Queridísima,

te habrás enterado, por Enrique¹ o por otros, de la muerte de Héctor Murena,² a la edad de 52 años, el 5 o el 6 del mes pasado. Siento la necesidad, no sé por qué, de escribirte en este momento. Sé que conocías a Murena, le querías; hablamos juntos, creo, o tal vez nos vimos también juntos, hace muchos años. Pero no solo esto. De él mi pensamiento ha ido hacia ti, esto es todo. Las razones las descubriré escribiéndote.

Yo quería mucho a Murena, desde nuestro primer encuentro en Viale Pinturicchio, tal vez hace doce años, tal vez trece. Pero no pensaba que lo quisiera tanto. La noticia de su muerte me ha destrozado literalmente el corazón. No he podido hacer más que, la misma tarde y todos los días siguientes, huir a la iglesia rusa y encender velas por él, llorando sin vergüenza. Los monjes rusos han puesto su nombre en la lista de los amigos³ que se regularmente se recuerdan en el Matutino de los Muertos.

Había entre Murena y yo una de esas relaciones extremadamente silenciosas (él hablaba sobre todo con Elémire) que se dan entre Escorpio y Tauro: complementarios celestes, unidos por profundas simetrías y antítesis armoniosas y tremendas. He tenido unos once amigos nacidos bajo este signo o el ascendente de Escorpio y con todos, del que más al que menos, había esta corriente inmediata, simplísima y alarmante, por la que se sabe siempre todo el uno del otro, misteriosamente y mucho antes de que suceda, así que la muerte de Murena no me ha sorprendido en absoluto – es este un año crítico para los Escorpio, pasa por su signo Urano, el Perturbador – aunque de todos modos me ha destrozado el corazón.

La muerte de Murena ha sido la muerte típica de un Escorpio: muerte de desamor, totalmente imaginario, tal vez, o tal vez arcanamente verdadero. Insomnio y alcohol, aunque también, hasta el final, plegaria y poesía. Esta muerte, prácticamente voluntaria – o por lo menos, este consentimiento ante la muerte – ha sido grave, porque él había entrado hace años en un proceso de metamorfosis extremadamente bello e importante: estaba realmente, lentamente, transformándose en Águila (tú sabes, no es cierto, que el Escorpio puede deslizarse en el fango como una Serpiente o sacar alas elevándose hasta el sol). El proceso deberá ahora finalizar más allá, en otra dimensión, supongo. Pero su último libro – las poesías de su Getsemaní – tiene un título que me confirma y me conforta: “El Águila que desaparece”.

Murena me había predicho muchas cosas que se han cumplido o que se están todavía cumpliendo. Entre otras, que en estos años debería

haber tenido pruebas de las cuales saldría solo verticalmente, solamente “por el techo”... Aunque creo que sabes mejor que yo cuáles son las relaciones entre Escorprios y Tauros: ¿no era Escorprio (o me equivoco) el gran amigo de la Habana⁴ y no hablamos una vez de estos y otros misterios escritos en el cielo antes que en la tierra?

También apreciaba a Murena porque entró en nuestra vida en el mismo período en el que entraste tú, en el que entró Marius Schneider – aquel tiempo de maravillosos comienzos, de plena juventud. Se estrecharon vínculos, en aquel tiempo, que ya no se romperán nunca más,⁵ y ciertamente Murena fue uno de los poquísimos hombres que Elémire consideró, desde el primer instante, su prójimo. Con su aire de adolescente, sus largos silencios, su entrar y salir en la vida de los demás como un silencioso gatito negro con patas blancas, dulcísimo e irreductible, Héctor amaba profundamente a Elémire y – sí, no puedo decir otra cosa - era para él una protección, un paraguas de bondad sobre su cabeza. Elémire ha sentido mucho esta muerte, tanto más en cuanto no es capaz de encender velas y llorar. El día que recibimos la noticia⁶ no nos intercambiamos casi ni una palabra durante toda la jornada.

Bien. Quería hablar de todo esto contigo, María. No contesté tu última carta porque estaba terriblemente enferma. Una bronconeumonía viral muy violenta, y luego, casi dos meses de intoxicación: de virus, de antibióticos. Estaba tocando los límites del *tedium vitae* cuando, al séptimo día de una plegaria particular, que dura 33 días y que se me enseñó misteriosamente, para que la hiciese solamente en casos extremos, al 7º día de la plegaria, pues, llegó a mi casa un personaje inimaginable, una especie de chamán de manos magnéticas que me restituyó la salud.⁷ Aunque tu carta - con la Filocalia, con mis tres gatitos, con todo lo que hace posible la espera indefinida de un milagro – estaba siempre junto a mí.

Te abrazo fuerte. Háblame de ti. Háblame de la gran mesa en la que trabajas. De lo que dispones y preparas en esa gran mesa - que me hace pensar, no sé por qué, en la casa de Nazaret.

Siempre

tu Vittoria⁸

[22] Carta mecanografiada del 24 de junio de 1975, sin sobre; dirigida a María Zambrano, La Pièce.

¹ Enrique de Rivas.

² Héctor Murena, seudónimo de Héctor Alberto Álvarez (Buenos Aires, 1923-1975). Poeta, ensayista, intérprete inquieto de raíces culturales y espirituales dentro del universo sudamericano en la línea de Alfonso Reyes, viajero infatigable; Cristina Campo, como es sabido, tradujo seis poemas para *L'Approdo letterario* en 1961 junto a una nota biográfica (también en *La Tigre Assenza*, cit., p. 255). La novela de Elémire Zolla *Cecilia o la dissatenzione* (1961) lleva como epígrafe algunos versos de Murena; en una carta a María Zambrano, Murena evoca una tarde de 1962 en casa de Elémire. El águila que desaparece, a la que Vittoria-Cristina hace referencia, salió en 1975, poco

antes de la muerte de Murena. La afinidad intelectual y espiritual entre Cristina Campo y Murena se revela, más allá de la extraordinaria carta, también en algunas notables coincidencias temáticas de sus respectivas obras y, fundamentalmente, en el espíritu de apertura y de extrema, selectiva atención en la escritura. De Murena, la editorial Irradiazioni de Roma ha propuesto recientemente en italiano *Homo atomicus* (2005), *Il peccato originale dell'America* (2007) y *La metafora e il sacro* (2008).

³ “De los amigos” corregido a mano sobre “de los muertos”, tachado.

⁴ José Lezama Lima. Conocido en La Habana en 1940, íntimo amigo de María Zambrano; el genial cubano nació en La Habana el 19 de diciembre de 1910 y murió el 8 de agosto de 1976. María Zambrano escribió en su memoria el ensayo *Hombre verdadero: Lezama Lima*, publicado en 1977.

⁵ “Más” añadido encima a mano.

⁶ Sigue “de esta muerte”, tachado.

⁷ En la única carta de Cristina Campo a Andrea Emo hasta el momento conocida con fecha “5 de mayo (San Pío V)” se lee: “[...] ¿Se ha dejado curar por un chamán? Mis pequeñas molestias físicas habían hecho totalmente *boule de neige* que arriesgaba quedarme prisionera dentro, cuerpo y psique - cuando llegó un increíble personaje que se ha dedicado a deshelar este iglú con tanta violencia como para temer quedarme reducida un día, como Alicia, a un charco de agua... En general todo es bastante inquietante, aunque hilarante, y necesitaría de su pluma metafísica para tan solo dar alguna idea”, cfr. A. EMO, *Lettere a Cristina Campo 1972-1976*, ed. Giovanna Fozzer, “In forma di parole”, 2001, p. 79.

⁸ “Tu Vittoria” escrito a mano.

CRONOLOGÍA Y BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL DE CRISTINA CAMPO

- 1923 Vittoria Guerrini nace en Bolonia el 29 de abril del matrimonio formado por Enrica Putti y Guido Guerrini, profesor de música. Desde pequeña se ve afectada por una malformación cardíaca que padecerá toda su vida y que la vuelve frágil y delicada.
- 1928 Siguiendo la carrera profesional del padre, la familia se traslada a Florencia después de un breve paso por Parma de 1925 a 1928.
- 1935 En 1935 los médicos prohíben a la pequeña Vittoria ir a la escuela, por lo que estudiará con su padre y con profesores privados. Se muestra una voraz lectora.
- 1943 En estos años mantiene una relación con Marcella Amadis y con la joven poetisa Anna Cavalletti. Ante el avance aliado y la posibilidad de combates en Florencia, la familia se traslada temporalmente a Fiesole. Anna Cavalletti muere trágicamente en el bombardeo de la ciudad. Publica su primera traducción del inglés, *Conversazione con Sibelius*, de Begnt von Törne (Montalvato, Florencia, 1943).
- 1944 De vuelta a Florencia, el padre es detenido por supuestas actividades políticas ilegales y es encarcelado durante algo más de medio. Cristina traduce textos de E. Dickinson, Eduard Mörike (*Poesie*, Cederna, Milán, 1948), Hofmannsthal y Katherine Mansfield (*Una tazza di tè e altri racconti*, Frassinelli, Turín, 1944).
- En el dinámico ambiente cultural florentino entabla amistad con, entre otros, Leone Traverso, Maria Chiapparelli, Remo Fasani, Mario Luzi, Gianfranco Draghi, Danilo Dolce, Gabriella Bemporad y Margherita Dalmati. Empieza a publicar poesías, ensayos y reseñas en algunas revistas. Años de intensas lecturas y estudio, lee a Simone Weil, cuyo *Le Pesanteur et la Grace* le marcará definitivamente.
- 1948-50 Inicia una intensa relación con Margherita Pieracci (luego Harwell), conocida como “Mita”, con la que mantiene un bellissimo intercambio epistolar (*Lettere a Mita*, Adelphi, Milán, 1999). Escribe *La noce d’oro*, aunque el texto se publicará únicamente en 1970 en España.

- 1951-52 Colabora con el poeta, filósofo y escritor Gianfranco Draghi, más tarde psicoanalista y pintor, en el suplemento cultural *Corriere dell'Adda e del Ticino*, gratificante experiencia que le animará a probar en el campo del ensayo y donde publica traducciones de Hofmannsthal, E. Barrett Browning, Emily Dickinson. Además de ayudarle a definir un estilo más personal, la colaboración en la revista le hará contactar con personajes de la talla de Bigongiari, De Robertis, Masini, Fasani, Marcucci o Merini
- 1955-56 Publica el libro de poesías *Passo d'addio* (Scheiwiller, Milán, 1956) que firma ya con el nombre de Cristina Campo. Se traslada definitivamente con la familia a Roma, donde vivirá hasta su muerte. Conoce a María Zambrano y a su hermana Araceli. Encuentro con Ernest Bernhard, discípulo de Gustav Jung, quien la inicia en la espiritualidad oriental. Entra también en contacto con Ignazio Silone, Corrado Alvaro y Curzio Malaparte, además de a Giuseppe Ungaretti y Roberto Bazlen.
- 1956-58 Empieza a colaborar con revistas como *Approdo*, *Letteratura*, *Il Mondo*, *Paragone*, *Il Punto* o *Stagione*, además de con la RAI. Conoce a Maria Luisa Spaziani y al filósofo Elémire Zolla, con quien vivirá hasta su muerte y con el que colaborará más adelante en la realización de una extensa antología de autores místicos (*I mistici*, Garzanti, Milán, 1963). Traduce a Virginia Wolf (*Diario di una scrittrice*, Mondadori, Milán, 1959).
- 1959-63 Frecuenta a los hermanos Monicelli, entrando también en contacto con Robert Wilcock, Gustaw Herling, Roberto Calasso, Piero Citati, Elena Croce, Giovanni Macchia, Guido Ceronetti y John Lindsay Opie. Traduce a W. Carlo Williams (*Poesie*, Einaidu, Turín, 1961) John Donne, Simone Weil (*Venezia salva*, Morcelliana, Brescia, 1963) y San Juan de La Cruz, una referencia fundamental en el desarrollo de su pensamiento espiritual y religioso. Publica el libro de ensayo *Fiaba e mistero* (Vallecchi, Florencia, 1962).
- 1963-65 Conoce a Ezra Pound y traduce, junto a Vittorio Sereni, la poesía de William Carlos Williams. Publica con Alessandro Spina la *Storia della Città di Rame* (Scheiwiller, Milán, 1964). Sigue con interés el devenir del Concilio Vaticano II. En 1964 muere su madre. En 1965 muere también su padre; las exequias tendrán lugar en la abadía benedictina de Sant'Antelmo, que se convertirá desde ese momento en su lugar predilecto de recogimiento. Son también los años en que

se clausura finalmente el Concilio Vaticano II y en los que desarrolla su pensamiento espiritual, especialmente volcado en la reflexión del lenguaje secreto de la liturgia. Estas profundas meditaciones la llevarán a mirar con recelo el abandono del latín en las celebraciones litúrgicas y a propugnar la vuelta a los ritos antiguos, fuentes del misterio. Frecuente el Pontificio Collegio Russicum, fascinada por el rito bizantino. Tras la muerte de sus padres se establece en un apartamento en el Aventino.

- 1966- 68 Promueve una suscripción internacional (que firman, entre otros, Jacques Maritain, Borges o Salvatore Quasimodo y Montale) reclamando al papa la vuelta a la liturgia tradicional. Poco después estará también detrás de la creación de *La Voce*, una organización para la salvaguarda del rito latino, encargándose durante años de la edición de su boletín oficial. Traduce de nuevo a Simone Weil, *L'Iliade poema della forza*, junto a Margherita Pieracci Harwell
- 1969-70 Nace la revista *Conoscenza religiosa*, en la que colabora con poesías y traducciones y donde aparecerán algunos de sus textos más célebres, como *La Tigre Assenza* (nº 3, julio-septiembre de 1969). Su inquietud religiosa la lleva a interesarse por la religiosidad y la cultura tradicional rusa, especialmente en su vertiente icónica y simbólica. Conoce la obra de Djuna Barnes, con la que inicia una interesante correspondencia. También traduce, junto a Elémire Zolla, a Cristine Koschel.
- 1971 Publica el libro de ensayos *Il flauto e il tappeto* (Rusconi, Milán, 1971)
- 1977 Muere a los cincuenta y tres años la noche entre el 10 y el 11 de enero. Sus restos descansan en el cementerio de la Cartuja de Bolonia. Se publica póstumamente, en el número de enero-marzo de *Conoscenza religiosa*, su *Diario bizantino e altre poesie*.

SELECCIÓN DE EDICIONES PÓSTUMAS Y REEDICIONES:

Publicación de *Gli imperdonabili* (ed. M. Pieracci Harwell, Adelphi, Milán, 1987) y reedición de la traducción de *Venezia salva* de Simone Weil (Adelphi, Milán, 1987).

Lettere a un amico lontano (Scheiwiller, Milán, 1989).

La Tigre Assenza (ed. M. Pieracci Harwell, Adelphi, Milán, 1991)

Sotto falso nome (ed. Monica Farnetti, Adelphi, Milán, 1998)

Lettere a Mita (ed. M. Pieracci Harwell, Adelphi, Milán, 1999)

Il fiore è il nostro segno. Carteggio e poesie (ed. M. Pieracci Harwell, Scheiwiller, Milán, 2001).

Cristina Campo e Alessandro Spina, Carteggio (Morcelliana, Brescia, 2007)

Caro Bul. Lettere a Leone Traverso. 1953-1967 (ed. M. Pieracci Harwell, Adelphi, Milán, 2007).